

El método de conocimiento de la sociedad martiano, marxista y leninista

Caracterización del método histórico-político martiano

Es precisamente a propósito del análisis del antiimperialismo martiano cuando por primera vez Isabel Monal delimita y caracteriza el método de análisis de la sociedad (ver Monal, I. 140). A su antológico ensayo *José Martí: del liberalismo al democratismo antiimperialista*, se hace necesario volver una vez más, pues al señalar los aspectos que diferencian las concepciones democráticas antiimperialistas martianas del liberalismo y exponer los saltos conceptuales fundamentales que se producen en el ideario martiano —a partir de 1886, y sobre todo desde que a mediados de 1887 entra en su etapa de plena madurez teórica e ideológica— abre el camino para el análisis del lugar y el papel del ideario martiano como elemento articulado en los nexos entre las tradiciones nacionales revolucionarias y la ideología del proletariado en Cuba, y también en la América Latina, como factor esencial de su especificidad regional. Delimita, entre otros aspectos, las diferencias entre el populismo ruso y el norteamericano, y los elementos que de forma crítica y creadora Martí asume, rechaza o supera de las concepciones de Henry George, uno de los principales ideólogos de esta corriente en los Estados Unidos. Entre esos saltos conceptuales que marcan la madurez del pensamiento martiano, ha señalado los siguientes (ver: Monal, I. 140):

- Martí avanza, entre 1886 y 1887, de la posición del cronista —si bien crítico— de la corrupción de la sociedad norteamericana —que a nuestro juicio ve inicialmente en la política— hacia el conocimiento y denuncia de un sistema económico-social, cuyas incongruencias y conflictos se expresaban en la superficie.
- Martí transita de la creencia en fórmulas para el acomodamiento de las confrontaciones, a la convicción de la necesidad, en los Estados Unidos, de subvertir el sistema como un todo, si de lo que se trataba era de superar su crisis.

Entre los méritos más significativos del antiimperialismo martiano, señala los siguientes (ver: Monal, I. 140): el no aceptar la polémica en los términos liberales de los derechos humanos —aspecto no negado por Martí—, en tanto ocultaban tras la falacia de la superioridad de unas razas sobre otras —refutadas insistentemente por el cubano—, los designios colonialistas, sino dirigirla al plano de las condiciones económico-sociales concretas de los pueblos y hacia el movimiento histórico que había conducido a tales afanes de dominación. No era, pues, el liberalismo

clásico para Martí —según esta autora— el que podía facilitar las bases justas para el establecimiento de relaciones igualitarias entre pueblos de diferente grado de progreso, porque desde esa perspectiva beneficiaría sólo a los países más fuertes. Para Martí, a juicio de Isabel Monal, quedaba claro —gracias a su identificación entre democracia de tono populista y antiimperialismo— que un sistema social determinado conducía a la explotación interna del pueblo y a la aventura imperial, mientras que el otro garantizaba la justicia social y la equidad, sin conllevar la necesidad de expansión imperialista. Se trata de una conclusión en extremo importante para su momento, aun cuando el desconocimiento de la teoría de la lucha de clases y del papel determinante del factor económico en última instancia, condujeran a Martí a pensar, optimistamente, en la posibilidad de impedir las deformaciones de la sociedad, engendradas por el imperialismo en los Estados Unidos, o sus consecuencias neocoloniales en la América Latina.

Al plantear Isabel Monal la unidad entre el nacionalismo y el latinoamericanismo martiano y su antiimperialismo, expresados de forma interrelacionada en “Nuestra América” y en las crónicas e informes sobre las conferencias interamericana y monetaria de 1889 y 1891, expone los rasgos esenciales del método histórico-político utilizado por Martí para el análisis de este fenómeno, entre los cuales se destacan:

- La no sustentación del antiimperialismo sobre bases éticas o utópicas, sino en el descubrimiento del fundamento económico del peligro invasor, en tanto —aunque desde su nacimiento los Estados Unidos había soñado con la expansión hacia el sur— las condiciones históricas no se crean para ello hasta el momento en que tienen lugar ambas conferencias.
- La relación entre las condiciones internas socioeconómicas y la lucha entre las masas populares y la oligarquía industrial y gubernamental, con la necesidad de expansión y las consecuencias de todo ello para América Latina, teniendo en cuenta el desarrollo industrial del norte y el retraso de las naciones del continente latinoamericano.
- La conclusión de que para los capitalistas había sólo dos caminos: resignarse a la subversión interna que obligaba a la represión e iba en contra de sus intereses, o lanzarse a la conquista exterior.
- La política y la sociedad no concebidas como asuntos puramente teóricos, sino como cuestiones vivas y concretas que debían ser analizadas con el propósito de actuar sobre ellas de acuerdo con fines y objetivos fijados de antemano.

Una vez alcanzada la racionalidad política, por ese camino desarrolla Martí invariablemente sus ideas y su actuación práctica aunque no siempre todas sus explicaciones resultasen acertadas, y en ocasiones la

historia marchase por rumbos distintos a los expuestos en sus pronósticos y aspiraciones, según Isabel Monal (140).

A partir de todo ello, la autora señala como pilares esenciales del método histórico-político martiano, los siguientes: a) el acercamiento a los problemas de la vida social a partir del análisis de situaciones concretas, vivas; b) la defensa de las perspectivas gnoseológicas en los estudios sociales; c) el rechazo del subjetivismo en el conocimiento político.

En definitiva, se trata de una nueva concepción de la relación teoría y práctica, consecuente con la doble significación que asigna Martí a la política como ciencia teórica y su aplicación a la dirección de una sociedad históricamente concreta.

Partiendo de estos presupuestos generales, insistimos en afirmar que resultaba posible acceder a la concepción materialista de la historia a partir de las concepciones teórico-metodológicas martianas, teniendo en cuenta las propias transformaciones internas y externas de las condiciones histórico-concretas originadas por el desarrollo del imperialismo en el siglo XX, al evidenciarse la existencia de nuevos problemas y contradicciones o propiciarse el despliegue de otros existentes sólo en sus gérmenes en época de Martí, máxime cuando la ideología del proletariado se difunde más ampliamente en la América Latina a raíz sobre todo del triunfo de la Revolución de Octubre, especialmente a través de la aplicación creadora del marxismo y el enriquecimiento teórico y práctico que Lenin llevara a cabo.

La concepción martiana de la historia, la política y la cultura como elementos de articulación

Es a nuestro juicio (ver: Miranda, O. 136), la concepción de la historia y de la política en sus mediaciones culturales como visión totalizadora de la sociedad, el aspecto que evidencia con más nitidez los nexos de continuidad, ruptura y superación en el proceso de articulación en la esfera teórica más general del método martiano y marxista de comprensión y transformación social. No por casualidad es también la historia, entre las ciencias sociales, la que primero surge y se desarrolla entre nosotros desde el siglo xvii (ver: Almodóvar, C. 93). Las ideaciones martianas se insertan en esa tradición, pero, en la misma medida en que se produce su ruptura con el liberalismo, supera con creces las posiciones más avanzadas de sus predecesores y contemporáneos en Cuba²¹ y en buena medida también en el continente (ver: Martí, J. 75, t. 6, pp. 224-230; t. 7, pp. 223-238; t. 21, pp. 47-68; t. 11, pp. 139-150).

Se ha dicho, con razón, que no hay en la obra martiana una teoría de la historia acabada ni sistemáticamente expuesta (ver: Le Riverend, J. 116; Toledo, L. **158**); x no obstante, desde los textos de la primera etapa de su pensamiento se evidencia el interés y la atención que le mereció esta temática en sus dos dimensiones esenciales: la historia real y la historia

como análisis del devenir de la sociedad; en tanto consideró siempre de suma importancia para los pueblos, el conocimiento de los orígenes y evolución propios y de aquellos con los que había de convivir —como factor esencial para la predicción de los posibles caminos del progreso social, y para la elaboración y puesta en práctica de proyectos de transformaciones revolucionarias—, y las ideas en torno a la organización de la sociedad .

De aquí el lugar que le asigna en su método de análisis de la realidad social, que completa con la política, en estrecho vínculo con la economía y también en su doble condición de ciencia y de práctica social, como expresión del grado de progreso alcanzado por los pueblos en determinada época histórica, toda vez que para Martí, sobre todo en la etapa de madurez de su pensamiento, la política —a la vez arte y ciencia— no podía analizarse en cualquiera de estas dos dimensiones, desligada de los problemas e intereses económicos nacionales en las relaciones entre diferentes pueblos, al mismo tiempo que vislumbra —si bien no en toda sus dimensiones esenciales— los nexos de la política con los intereses de los grupos sociales: etnoculturales, nacionales, y también clasistas, que formaban parte de la abigarrada estructura de la sociedad en los pueblos de América.

En la interrelación de los dos pilares fundamentales del método histórico-político martiano de análisis de la sociedad, se pone en evidencia la importancia decisiva de lo que Isabel Monal ha planteado como “...considerable salto conceptual dado por Martí” entre 1886 y 1887: “(...) del interés y el deseo por el progreso de nuestra América, a la elaboración de una concepción antiimperialista de base racional económica [...] del emocionalismo y el eticismo, al estudio de las circunstancias económicas y sociales continentales de las dos Américas” (Monal, I. 140 [, p. 36](#)). Así descubrió las fuerzas económicas y políticas que pugaban en su desarrollo.

El estudio de la concepción martiana de la historia en el contexto del método histórico-político de conocimiento de la sociedad (ver: Miranda, O. 136) nos permite penetrar en los elementos sistémicos del pensamiento de José Martí, al poner en evidencia, entre otros aspectos de sus ideaciones, la interrelación e interinfluencia de la problemática del devenir social con otros temas de crucial importancia: especialmente aquellos relacionados con la visión del hombre a partir de los nexos práctico transformadores con la realidad natural y social, desde los que Martí incursiona en los de índole cognoscitiva y valorativa, y algunos de los cuales, surgidos en etapas tempranas de su formación ideológica, mantienen vigencia en la etapa de madurez, o fueron formulados a partir de 1886. En ambos casos habría que destacar, sobre todo, las ideaciones martianas en torno a las ciencias particulares y el saber filosófico, por la relación que tienen con sus concepciones en torno a la historia como devenir real de la sociedad y como estudio de estos procesos.

Martí establece dos distinciones fundamentales en lo que se refiere a su concepción de la historia: a) historia de las cosas y de los seres

animados irracionales o historia natural —evolucionismo— e historia de los hechos humanos, de la existencia social del hombre —historicismo—; b) historia como devenir real de la sociedad e historia como expresión ideal de tales procesos.

En la historia real, el progreso es una “ley fatal”, tiene un movimiento en espiral constante e infinito, de direccionalidad ascendente, aunque susceptible de momentos de retroceso. En realidad identifica el progreso con el desarrollo. Piensa que cuando todo marcha, lo que se detiene no puede dominar a lo que perpetuamente se desenvuelve y adelanta. Cree que en la fábrica universal no hay cosa pequeña que no contenga en sí los gérmenes de las cosas grandes. A su juicio, los choques súbitos revelan las entrañas de las cosas. Afirma que con los pueblos sucede como con lo demás en la naturaleza, donde todo lo necesario se crea de lo mismo que se le opone y contradice. Pero, además, para Martí, los tiempos vuelven sobre sí, pero cada vez con mayor perfección y trascendencia (ver: Martí, J. 75, t. 6, pp. 224-230; t. 7, pp. 223-238; t. 21, pp. 47-68; t. 11, pp. 139-150; t. 4, pp. 247-255).

Evidentemente para Martí, las ideas de los hombres reflejan los nexos reales, de un mundo en constante movimiento que no se limita al traslado mecánico de los cuerpos, pues abarca el proceso mismo de surgimiento y desarrollo de fenómenos y procesos, en un sentido de evidente sesgo dialéctico. Por ello, tanto en la realidad como en su reflejo ideal, hay elementos que permanecen o se renuevan y otros que surgen como consecuencia de los nuevos tiempos, de tal forma que, para estudiar la sociedad de hoy, es necesario estudiar en algo las sociedades que han vivido (ver: Martí, J. 75, t. 21, pp. 47-68).

La sociedad, en su desarrollo progresivo ascendente se desenvuelve, según Martí, en fases, épocas históricas, de acuerdo con el grado de progreso alcanzado por cada pueblo y por la humanidad en su conjunto. Todos los conglomerados humanos atraviesan por fases similares, aunque en una misma época histórica puedan coexistir geográficamente pueblos cuyo presente sea similar a etapas que constituyeron el pasado de otros pueblos, de acuerdo con las condiciones naturales y sociales en que se han desarrollado, y el tiempo histórico transcurrido desde su advenimiento a la libertad. Se trata de los pueblos naturales, jóvenes o débiles y de los pueblos históricos, seculares o fuertes, como Martí los denomina en diferentes momentos de su obra. La medida del progreso de cada conglomerado humano —si de “filosofía magna” se trata— está dada por el desarrollo alcanzado en un momento determinado, en proporción al tiempo histórico transcurrido desde su constitución como pueblo libre.

La sucesión de las diferentes épocas históricas es, según Martí, un proceso continuo, infinito. A la época de la libertad surgida con la Revolución Francesa, siguió la del desarrollo científico-técnico. Otra nueva época histórica sucederá a la presente, la de la justicia social, pero no es posible a juicio de Martí, saber aún cómo ni cuando tendrá lugar esta transformación (ver: Martí, J. 75, t. 8, pp. 347-349). En el tránsito de una

época histórica a otra, la rebeldía de los pueblos más cercanos a la naturaleza contra la violencia expansionista de los históricos o más desarrollados, desempeña un importante papel, mediante las revoluciones políticas, tal y como expresa en sus textos juveniles. La estancia en los Estados Unidos lo conduciría a percatarse de que también la revolución social clasista —como la que considera inevitable en este país— resultará un factor del proceso de tránsito hacia una nueva época histórica.

En obras anteriores a 1886, Martí define las ciencias como el conjunto de conocimientos humanos aplicables a un grupo de objetos que se relacionan entre sí. Considera que para que surja una ciencia, es necesario primero una etapa de acumulación de hechos cuyo análisis develará las leyes que rigen el “origen, existencia y evolución” de objetos, fenómenos y procesos. La ciencia ha de descubrir las analogías esenciales que subyacen en el caos aparente que es inicialmente la realidad para el hombre. En las ciencias sociales sobre todo, el científico ha de tener en cuenta que, aunque en toda disciplina científica hay siempre un conjunto de presupuestos generales, sobre todo cuando estos resultan contrapuestos entre sí, lo que se impone es el análisis desprejuiciado de la naturaleza de los objetos y fenómenos sobre los que versa esta ciencia, en su concreción histórico-social, y los resultados de la aplicación práctica de tales preceptos, en tanto la práctica deviene única vía para llegar a la verdad.

Para la aplicación de uno u otro precepto habrá que tener en cuenta, en primer lugar, las similitudes epocales y regionales del medio social en el que se elaboraron y en el que han de llevarse a la práctica, porque sólo así producirán resultados satisfactorios, especialmente en ciencias que, como la economía, la jurisprudencia o la política, estudian aspectos que tienen que ver con el desarrollo sociocultural específico de cada conglomerado humano históricamente determinado (ver: Martí, J. 75, t. ?, pp. 233-236 y 334-337).

Martí concibe la historia como historia de la cultura. En los textos de la etapa de formación —anteriores a 1886—, al analizar la historia en relación con la filosofía, considera que el saber filosófico versa sobre los nexos hombre-mundo en su significación universal, en el sentido de lo que es común a todos los individuos como seres naturales, mientras que la historia como ciencia particular devela lo específico, lo que diferencia a unos pueblos de otros y a los individuos entre sí. En este sentido, para Martí la filosofía es el conocimiento de las causas últimas de los agrupamientos de los seres, sus similitudes y diferencias, mientras que la historia viene a ser el estudio de la forma en que dichas causas se desarrollan en el tiempo. La historia, desde esta perspectiva, no puede ser la mera narración de hechos, sino el desentrañamiento de la esencia de los procesos y fenómenos de los que el hombre es actor (ver: Martí, J. 75, t. 19, pp. 353-370 y 359-360; t. 6, pp. 324-327). Por ello, la filosofía no puede concebirse sin la historia, porque no es posible “...conocer con exactitud la humanidad futura y probable, sin el conocimiento de la

pasada y presente”. Consecuentemente cree Martí que de “lo que pasa, algo queda”, así; una época histórica no surge de la nada, ni niega totalmente la precedente. El saber filosófico se nutre del conocimiento científico particular (ver: Martí, J. 75, t. 19, pp. 353-370).

En otro momento define la historia como la narración de los trabajos de ajuste y combate de la naturaleza humana y extrahumana, por tanto, no sólo de los hechos políticos, sino de todos los que se enmarcan en el multifacético proceso de creación y transformación de la realidad natural y social por el hombre, y de su propia autoformación.

En lo que se refiere a la historia como reflejo del devenir social en la mente del hombre —en el marco de las tres funciones que le asignan: ciencia que devela las leyes del devenir, memoria histórica formadora de sentimientos y valores, y arma en la lucha ideológica por la liberación nacional y la emancipación humana—, señala entre los rasgos caracterizadores de la ciencia histórica los siguientes: no puede la historia ser la mera narración de los hechos, sino el desentrañamiento de la forma en que se “encadenan, se entran, se funden, se explican”; se trata, pues, del develamiento de las causas, las leyes por las cuales se rigen y que no están a la vista del observador, en la superficie, sino de los nexos internos, en definitiva de la relación causa-efecto, de la esencia del devenir social, sin que ello implique dejar de tener en cuenta que las épocas históricas han de ser vistas en pie, con sus colores y arreos: sus héroes se han de presentar con todas sus pasiones y hermosura real, con las motivaciones que han inducido a actuar a los hombres (ver: Martí, J. 75, t. 8, pp. 153-166).

Sin desconocer el papel de las personalidades y de las ideas en la historia, Martí insiste —en diferentes momentos— en la necesidad de tener en cuenta que en la historia real son los elementos contradictorios los que dan origen a las transformaciones sociales; y consecuentemente con la tesis de que en el devenir social funcionan leyes que no pueden ser torcidas por la voluntad humana, plantea que el historiador ha de tener en cuenta el medio social en el que actúan los individuos en sus multifacéticos aspectos socioculturales, y en este sentido otorga especial importancia a la política sin olvidar sus nexos con los intereses económicos (ver: Martí, J. 75, t. 8, pp. 389-387).

La ciencia histórica ha de ser, no obstante, el arte de hacer “...las concreciones rigurosas en el estudio de lo pasado y en la previsión de lo porvenir...” Cree Martí que se hace ciencia cuando una frase es capaz de expresar lo esencial de una época y cuando el juicio de lo pasado deviene fundamento del código de lo futuro (ver: Martí, J. 75, t. 8, pp. 153-166). No puede elaborarse la ciencia histórica, desde una concepción metafísica, que aprisione la riqueza de la vida en moldes prehechos de origen libresco; se debe, por el contrario, indagar la verdad en la realidad misma, buscando las esencias, porque en la sociedad, como en la política, lo real es lo que no se ve. La crítica en las ciencias sociales, y consecuentemente de la historia, no debe disimular lo malo, ni recrearse en la fuente de la

belleza, sino que ha de ver y tratarlo todo con equidad, y junto al mal ver la excusa (ver: Martí, J. 75, t. 7, pp. 329-335).

El historiador ha de ver en alto y en junto como emperador del pensamiento y no sólo las cosas menudas de su escuadra como los alfereces. No ha de perder de vista que el hombre protagoniza el devenir real y al mismo tiempo lo enjuicia críticamente; por ello el historiador tendrá que tener presente que tanto los documentos históricos como su interpretación posterior son obra de los hombres con sus vicios, pasiones e intereses. Del análisis histórico ha de eliminarse la pasión de patria, el carácter del individuo, las exaltaciones o modos de estilo, y aún nos quedará algo parecido a la historia real (ver: Martí, J. 75, t. 19, pp. 353-370).

Al referirse a la historia universal, considera que esta no es sólo la resultante del devenir social en los pueblos más desarrollados; por el contrario, debe surgir del estudio comparado de las historias locales, lo que exige, junto al análisis y la síntesis, el uso del método comparativo (ver: Martí, J. 75, t. 7, pp. 329-335).

Es en el contexto del método martiano de conocimiento de la sociedad donde con mayor claridad pueden apreciarse los nexos que Martí establece entre historia, cultura y política revolucionaria (ver: Miranda, O. 136).

Lo expuesto hasta aquí resulta inapreciable para demostrar que el marxismo, en su articulación con las concepciones humanistas más avanzadas emanadas de las tradiciones ideológico-culturales de este lado del mundo, no constituye una teoría exótica con relación a la historia de las ideas y a la realidad presente del hombre en estas latitudes; pero, además, la postura asumida por Martí en el contexto del debate ideológico en torno a la contraposición civilización barbarie, generalizada en la segunda mitad del siglo XIX, conforma también un arsenal inagotable de ideas, en su esencia coincidentes en no pocos casos, con los argumentos enarbolados por los clásicos del marxismo, para refutar las tergiversaciones que, desde los primeros textos marxistas conocidos, habían proliferado en Europa, y más tarde se extendieron por la América Latina.

Tales coincidencias tienen mucho que ver con la postura martiana en contra de la solución liberal a esta contraposición civilización-barbarie, influida por la concepción hegeliana en torno a la coexistencia, en una misma época histórica, de pueblos con diferente grado de progreso sociocultural, que el gran filósofo alemán consideró consecuencia de la encarnación, en los pueblos menos desarrollados, de los estadios iniciales de la evolución del Espíritu Absoluto,²² tesis asumida en Cuba por los ideólogos del autonomismo y el anexionismo (ver: Miranda, O. 136), que Martí se encargó de refutar, entre otras razones, por su carácter antinacional, pues condenaba a los que consideró pueblos naturales —las repúblicas latinoamericanas y las colonias que todavía España conservaba

en el Nuevo Mundo— a la dependencia por una supuesta esencia inferior que daba origen a pueblos incultos, ahistóricos.

La cultura es para Martí el conjunto de la producción material y espiritual, y el proceso mismo de autoformación del hombre mediante el trabajo creador, la educación y la participación en las transformaciones revolucionarias de la sociedad (ver: Miranda, O. 136). A partir de este presupuesto esencial, entre las ideaciones del Maestro vinculadas estrechamente con la problemática de la identidad cultural, que podían influir en la comprensión de la idoneidad del marxismo y el leninismo para la solución de los problemas latinoamericanos en el siglo XX, por parte de sus continuadores, habría que señalar la interrelación de la cultura nacional y la cultura de una época determinada a nivel planetario. En este ámbito están las que a nuestro juicio constituyen para Martí contradicciones en el proceso de desarrollo cultural de los pueblos latinoamericanos (ver: Miranda, O. 136):

- La conformación y desarrollo sociocultural de los pueblos latinoamericanos han estado condicionados por la unión de forma súbita, casi siempre violenta y no gradual, de los extremos de la civilización, que en los pueblos históricos evolucionó hacia las formas más avanzadas, tras siglos de evolución natural.
- Para los pueblos latinoamericanos es ineludible producir un salto que acorte la distancia que los separa como pueblos naturales, de los pueblos históricos, en el marco de la época de transición que vive el mundo a fines del siglo XIX, en el lapso más breve y con el menor costo social posible, sin abandonar las raíces culturales que apunten hacia el progreso y buscando soluciones propias a problemas propios, en función de lo cual se ha de asimilar creadoramente lo más avanzado de la cultura universal.
- Los pueblos de este lado del mundo han de superar la falta de acomodo entre los elementos discordantes del pasado colonial y las ideas importadas, falta de realidad local, que han retardado el gobierno lógico; y han de comprender que la liberación de América Latina no es un problema de forma, sino de esencia.
- La superación de la incongruencia surgida por la presencia de una intelectualidad formada en universidades coloniales, ansiosa de asimilar la cultura europea, casi siempre de forma acrítica, y de masas humildes, más apegadas al medio natural, urgidas de una cultura que las ponga en condiciones de satisfacer por medio del trabajo útil y creador, sus necesidades vitales y convertirse en principales impulsores del progreso sociocultural.
- Imposibilidad, para los pueblos latinoamericanos, de renunciar a ponerse a la altura de la cultura de la época si quieren conservar su libertad y soberanía, o conquistarla como en el caso de Cuba, frente a las ansias de dominación de los pueblos históricos, aun cuando los

avances culturales, por su unilateralidad, hayan traído como consecuencia una regresión dentro de la espiral siempre ascendente del progreso sociocultural de la humanidad, que los pueblos latinoamericanos deben evitar.

También tienen interés en este sentido, las propuestas para la solución de tales contradicciones, desde una perspectiva cubana y latinoamericana, que Martí ofrece:

- La defensa de la esencia mestiza de la cultura latinoamericana como una de sus mayores virtudes.
- La correspondencia entre el proyecto de desarrollo cultural latinoamericano y los intereses, y la originalidad de los problemas específicos de sus pueblos.
- Sin renunciar a lo que denomina “cultura libresca” asumida críticamente, la teoría ha de surgir del análisis de los problemas propios para darles soluciones propias.
- La medida del progreso de los pueblos ha de deducirse de la comparación de lo alcanzado en una determinada época histórica, en proporción al tiempo transcurrido desde el advenimiento a la libertad de cada pueblo.
- La cultura planetaria ha de ser patrimonio de todos los pueblos; nada debe coartar las ansias de saber del hombre.
- La historia como historia de la cultura no es fuente de soluciones válidas para todo tiempo y lugar, sino presupuesto para la comprensión y transformación del presente y proyección del futuro.
- Ignorar la cultura propia es apostasía y equivale a la renuncia a formar a las fuertes generaciones que han de llevar a cabo la revolución cultural que América Latina reclama, para ponerse a la altura de la cultura de la época y garantizar su liberación definitiva.
- La asimilación crítica de la cultura universal implica, en los pueblos naturales, la distinción entre las esferas culturales que están en relación más directa con lo común a todos los pueblos y a todos los hombres, y con lo específico que los distingue entre sí.
- La práctica ha de ser el criterio de verdad a la hora de asumir preceptos científicos generales, cuya aplicación exitosa dependerá de las similitudes de las condiciones históricas y presentes entre su lugar de origen y el país donde han de aplicarse.
- La distinción entre las concepciones que responden a los intereses de las fuerzas que están a favor del progreso social, y las que defienden el *statu quo* existente.

Las ideas martiana, en torno a la coexistencia epocal y regional de pueblos que viven en diferentes estadios de progreso devino fundamento

de su visión del carácter mestizo de la cultura latinoamericana y de la contraposición entre nuestra América y la América anglosajona, enfilada contra las tesis racistas sobre la inferioridad de los pueblos naturales con la que se ha pretendido dar visos científicistas de tono socialdarwinista, a nivel planetario aun en nuestros días, al afán expansionista del Norte hacia el Sur. De hecho Martí contrapone, en este caso, la coexistencia de dos sistemas sociales antagónicos: el feudal latinoamericano y el capitalista norteamericano, en lo económico, social, político y cultural. Sin dejar de constatar los avances sobre todo científico-técnicos, con que el capitalismo marcó el rumbo de la cultura en la nueva época histórica abierta a partir de la Revolución Francesa, develó con extrema agudeza los vicios del nuevo sistema, aunque no pudiera descubrir sus causas últimas.

Estos puntos de vista se completaron en la etapa de madurez martiana con la percepción de la coexistencia de dos naciones —dos culturas de hecho— en la sociedad norteamericana, vinculadas a la existencia de contradicciones antagónicas entre el capital y el trabajo, de cuya solución se derivaría necesariamente el triunfo de la nación obrera que crecía en las sombras sobre la nación legal de los propietarios (ver: Martí, J. 75, t. 11, p. 167).

La revolución, a juicio de Martí, no es más que “...una forma de la evolución que llega a ser indispensable en las horas de hostilidad esencial, para que en el choque súbito se depuren y acomoden en condiciones definitivas, los factores opuestos que han de desenvolverse en común” (Martí, J. 75, t. 4, p. 229). Los pueblos naturales —los de un origen más reciente como pueblos libres— en la América Latina tienen ante sí —cree Martí— como tarea insoslayable, la de completar la revolución política —de liberación nacional— en el sentido de alcanzar la segunda independencia —la económica— ante la amenaza de expansión imperialista que prevé como peligro inmediato, requisito a su juicio indispensable —junto a la formación de repúblicas verdaderamente democráticas, la unidad continental y la independencia de Cuba y Puerto Rico— para hacer innecesaria lo que cree inminente e inevitable ya en los pueblos históricos: la revolución social, clasista: el enfrentamiento violento entre el capital y el trabajo, cuyas causas ve en la política proteccionista, la propiedad privada sobre la tierra y el progreso unilateral que niega lo que a su juicio es la esencia del trabajo humano: la plasmación de las ansias creadoras del hombre, en aras de la acumulación excesiva de riquezas que hace que el trabajo se convierta en vía desesperada de subsistencia para la mayoría de los integrantes de la sociedad.

Los verdaderos jefes de las revoluciones deben ser para Martí, las masas humildes, poseedoras de una cultura histórica y política que les permita conocer los procesos de desarrollo de su propio pueblo y de aquellos con los que convive geográficamente y le muestran o una amistad interesada o una abierta intención injerencista. Esto ha de darse en el caso de los pueblos naturales, porque la coalición entre naciones es

posible sólo entre pueblos con intereses comunes no antagónicos y con estadios similares de progreso sociocultural. En el caso de los pueblos históricos, como los Estados Unidos o las naciones europeas, donde las revoluciones clasistas son inevitables, esa cultura histórica y política será la que permita a los trabajadores comprender que las posibilidades de alcanzar la justicia social a la que aspiran, están en relación directa con el cambio radical del sistema del cual son meros engranajes.

Si la historia permite la comprensión de las causas que condujeron a un pueblo a su situación presente, la política proporciona el conocimiento del grado de progreso alcanzado en la actualidad, toda vez que es el punto de partida de las transformaciones económicas y socioculturales a las que debe conducir toda revolución si es verdadera. Entre sus objetivos tiene que estar la creación de las condiciones necesarias para el pleno desarrollo del hombre, tanto material como espiritual. Para Martí, las revoluciones son hechos culturales en sí mismos. En definitiva, considera que lo social está expresado en lo político, y por tanto, en las concepciones políticas influyen necesariamente los intereses económicos.

Lo hasta aquí expuesto permite afirmar que en los resultados obtenidos por Martí en la aplicación consecuente de su método histórico-político al estudio comparado de la historia y la situación política de Cuba, España y otros países europeos, la América Latina y sobre todo los Estados Unidos —especialmente en lo que concierne al imperialismo naciente— encontró los elementos necesarios para elaborar su proyecto revolucionario y el modelo de sociedad al que aspiraba, que resultaron ser lo más revolucionario en su momento histórico en las condiciones de la Cuba finisecular, gracias a una comprensión en extremo realista de su época histórica. Por ello, no es de dudar que quienes en Cuba asumieron la ideología del proletariado desde una formación inicial martiana —o quienes como Mariátegui o Ernesto Che Guevara, tuvieron una relación menos directa con su obra en los años de formación revolucionaria sin ignorar sus ideas, y contaron también con un conocimiento profundo de la historia nacional y continental y de la evolución del pensamiento en estas tierras—, se sintieran impelidos a asumir la cultura planetaria en su momento histórico desde presupuestos similares a los defendidos por Martí al final de aquella centuria.

En la conocida tesis mariateguiana en torno a que el marxismo no ha de ser en América ni calco ni copia, sino creación heroica, subyace, en su esencia, el principio martiano referido a que ha de injertarse en nuestras repúblicas el mundo, pero el tronco ha de seguir siendo latinoamericano (ver: Mariátegui, J. C. 69).

El método histórico-político martiano y la concepción materialista de la historia

Entre los aspectos polémicos en diversas interpretaciones del pensamiento martiano se destacan los que han girado en torno a las concepciones filosóficas en dos direcciones fundamentales: a) si puede considerarse o no a Martí como un filósofo; b) ¿cómo calificar el fundamento idealista de su concepción del mundo, el hombre, la sociedad? Se ha llegado, por ejemplo, a hablar de idealismo práctico o activo entre otros intentos por buscar un calificativo adecuado. No ha faltado la afirmación errónea de la presencia en Martí de ideas socialistas y marxistas. En otros casos, se ha tratado de imaginar a dónde hubiera llegado la evolución del pensamiento martiano de no haber muerto en 1895, a los 42 años, antes de la conversión de Cuba en el primer experimento neocolonial del continente, e incluso si su actuación al frente de los revolucionarios cubanos hubiera podido impedir la frustración de la independencia. No es nuestro objetivo dar respuesta a estas interrogantes. En este sentido nos interesa llamar la atención sobre los siguientes aspectos:

- La problemática político-social es el núcleo estructurador del pensamiento martiano desde sus días de adolescente, en un medio ambiente histórico en el que, con el inicio de las guerras de independencia, esta forma de la producción espiritual y la práctica social devienen factores radicalizadores por excelencia de las ideas.
- Es desde esta perspectiva desde la cual Martí, en sus años de estudiante y de profesor de filosofía, y sobre todo en su condición de revolucionario, incursiona de forma directa en el terreno de las ideas filosóficas de su época en este lado del mundo.
- Como ha sido una constante en las ideas filosóficas en la América Latina y en Cuba, en las concepciones martianas puede distinguirse dentro de una orientación cosmovisiva general —de sesgo idealista objetivo—, la presencia de elementos materialistas al estilo —sobre todo del materialismo del siglo XVIII francés— del materialismo científico-natural finisecular influido por el evolucionismo darwinista, acompañado de la crítica martiana a la pretensión de trasladar a las ciencias sociales las leyes naturales y de lo que considera una visión unilateral de la naturaleza del hombre.²³ No escapó Martí a la influencia de la dialéctica idealista hegeliana, inserta en el medio ambiente histórico de la época, más allá de la profundidad con que pudo conocer las obras del genial alemán y las valoraciones no siempre acertadas por el lugar que ocupan en la historia de la filosofía.

En la obra martiana, las referencias a la filosofía como forma de saber —más reiteradas en los artículos anteriores a 1880, y en algunos de sus “Cuadernos de Apuntes”— fue cediendo en gran medida su espacio al pensamiento político y social al reincorporarse Martí de forma directa a la lucha revolucionaria (1879), y sobre todo desde su arribo a los Estados

Unidos, especialmente en la etapa de madurez de su pensamiento, cuyo salto se produce entre 1886 y 1887, y cuando, a partir de este último año, reinicia su actividad revolucionaria luego de poner fin a lo que se ha denominado “tregua fecunda”, en que se aparta desde 1884, de las tareas conspirativas, tras el rompimiento con el plan Gómez-Maceo. La atención de Martí se concentra, sobre todo en estos últimos años de su vida, en el pensamiento político y socioeconómico, especialmente en lo que concierne al análisis de la sociedad norteamericana y en la elaboración y puesta en práctica del proyecto revolucionario que conduciría a la implantación de un nuevo ideal de república para Cuba y América Latina, en consecuencia con sus descubrimientos sobre el imperialismo naciente y sus posibles repercusiones neocoloniales en Cuba y el continente.

Cuando aparecen temas filosóficos, en los textos de esta época, en no pocos casos se relacionan con la filosofía social y política —y con la historia, y la problemática del hombre en tanto sujeto y objeto de la historia, la cultura y las transformaciones sociales—, en cuyo ámbito, la práctica revolucionaria contribuye a que asuma posiciones en cada vez más realistas, no exentas de elementos materialista que también van ganando cierto espacio en sus concepciones sobre la sociedad, sin que, por razones históricas y lógicas, las exigencias mismas del contenido de esa práctica revolucionaria y las condiciones concretas en que tenía que desarrollarla, le permitieran establecer de forma sistematizada, los nexos entre sus atisbos en las distintas esferas de la producción espiritual en que incursionó. Hay que tener en cuenta las limitaciones del aparato teórico-conceptual con el que pudo contar para esta tarea en el mundo americano.

Algunos ejemplos bastan para comprender que en estos mismos aciertos y limitaciones del método histórico-político martiano, y sobre todo en los resultados que obtiene con su aplicación al análisis de la sociedad de su tiempo, están las razones por las cuales, los continuadores de su ideario nacional-liberador, de justicia social, democrático-antiimperialista, podían encontrar en las ideaciones más avanzadas de su fundamentación teórico-metodológica, elementos que les permitieran entender en buena medida, la situación cubana y latinoamericana; pero la consolidación del sistema imperialista y neocolonial en el continente, obligaba a esta nueva generación revolucionaria a superar el método martiano a partir de la asunción de la concepción materialista de la historia que implicaba, la necesidad de vincular la filosofía y el comunismo como habían hecho Marx y Engels en el camino que los conduce a convertirse en marxistas.²⁴ Ello requería la asunción de una cosmovisión materialista y dialéctica de la sociedad y su devenir, que les permitiría el desarrollo, en las nuevas condiciones históricas, del proyecto revolucionario martiano y de hecho, de los presupuestos más avanzados de su método histórico-político de análisis de la sociedad, aunque de esto último no tuvieran plena conciencia los fundadores de la ideología del proletariado en este continente.

La defensa de marxismo y el leninismo

Es conocido que, a juicio de los clásicos del marxismo, para que la ideología del proletariado pudiera constituirse en guía para la comprensión y transformación de la sociedad, debía insertarse en la cultura de cada país o región. No obstante, la calificación de europeizante o eurocentrista dada a las concepciones marxistas y leninistas ha sido frecuente en el Tercer Mundo y muy especialmente en la América Latina, ignorando la propia historicidad del desarrollo de la ideología del proletariado (ver. Monal, I. 139).

Sin embargo, ya para muchos pensadores latinoamericanos de la centuria decimonónica, Martí entre ellos, se hizo evidente que, ni la historia del continente ni el desarrollo del pensamiento pudo realizarse —a partir del arribo de los europeos a América— al margen de la historia y de las ideas predominantes en cada época en la llamada civilización occidental. El contacto con la realidad social transpirenaica había desempeñado un importante papel en el proceso de diferenciación entre la cultura peninsular y la de las colonias americanas, más atrasadas en lo socioeconómico, que el resto de Europa, en lo que concierne sobre todo al pensamiento filosófico, político-social, ético, científico particular, etc., y esto, tampoco pasó inadvertido para importantes figuras de la cultura latinoamericana de nuestra época.

Es conocido también que de este arsenal teórico-conceptual y valorativo, se valieron pensadores y líderes políticos para interpretar con mayor o menor acierto y espíritu crítico, la problemática sociocultural, económica y política Iberoamericana, y para la elaboración de proyectos que les dieran solución —más o menos acorde con las necesidades internas y con el desarrollo de la época histórica a nivel internacional— a los problemas de entonces. Algo similar ocurrió en las esferas de las ciencias, las artes y la literatura.

La apropiación de los adelantos culturales era considerada como un derecho natural del hombre. Esta apropiación fue vista —antes de Martí— con un sentido clasista eminentemente burgués —no sin excepciones, por supuesto: Morelos o Hidalgo son buenos ejemplos de ello—, en tanto la transformación de las feudalizantes, esclavistas y coloniales sociedades latinoamericanas en naciones capitalistas independientes, era una necesidad histórica para su desarrollo interno y, por tanto, constituía un salto revolucionario en el devenir social latinoamericano.

Pero no faltaron posiciones acriticas y miméticas que, partiendo sobre todo de la contraposición civilización-barbarie, identificaran el progreso con la importación mecánica de ideas, instituciones, etc. —sin tener en cuenta las especificidades regionales y continentales—, incluso en el ámbito de la organización política de la sociedad, en este caso sobre todo, tomando como modelo la sociedad norteamericana.

Las ideas martianas en torno a la identidad cultural y nacional que subyacen en la constante oposición del Maestro a este mimetismo, fue sin duda un momento de ruptura y superación —con relación a predecesores y contemporáneos— al plantearse el desarrollo cultural de los pueblos y la relación entre la cultura nacional y planetaria, en primer lugar, desde los intereses de las masas humildes, a partir de una perspectiva crítica y creadora, que tenía en cuenta las especificidades de la historia y el estadio presente del progreso en los pueblos latinoamericanos. Martí había constatado —en la etapa de madurez de su pensamiento— de forma empírica —gracias a su método histórico-político de análisis social— que el hombre piensa de acuerdo con sus circunstancias.

Por todo lo anterior, el pensamiento martiano como culminación de las tradiciones revolucionarias del siglo XIX, estuvo en mejores condiciones para constituirse —de forma más o menos consciente— en punto de partida para la comprensión de la idoneidad de la ideología del proletariado para la solución de los problemas políticos y sociales que impedían la creación de sociedades verdaderamente humanas en Cuba y en la América Latina, en un nuevo contexto histórico-concreto en el cual la composición clasista de las fuerzas sociales que marchaban en la línea del progreso histórico en el siglo XX había cambiado sustancialmente en el mundo subdesarrollado y dependiente de la era del imperialismo y el neocolonialismo.

La obra de Marx y sobre todo de Lenin, al mismo tiempo que contribuyeron a hacer comprender con mayor claridad a los líderes del movimiento nacional-liberador y de emancipación humana— social en nuestra época —de este lado del mundo—, el carácter clasista de la cultura tanto nacional como epocal, brindó nuevos argumentos teóricos e ideológicos para la comprensión de las especificidades de la interrelación de la cultura nacional y planetaria —en las nuevas condiciones histórico-concretas generadas por el imperialismo—, en las cuales, de manera creciente, la dominación económica y política de nuevo tipo: la neocolonial, tenía que apoyarse en una ofensiva ideológico-cultural dirigida a la disolución de la identidad cultural y nacional de los pueblos oprimidos, problema en extremo evidente en nuestros días. Las ideas martianas en torno a los nexos entre cultura nacional y cultura planetaria, podían constituirse en antecedente inmediato de la comprensión marxista y leninista de esta problemática sin que mediara entre ambos enfoques contradicciones antagónicas.

Los fundadores de la ideología del proletariado y sus continuadores en Cuba y en la América Latina, comprendieron que el marxismo y el leninismo, al analizar en su esencia un sistema social que —como el capitalismo y en especial su fase imperialista y neocolonial— había demostrado científicamente las causas de su surgimiento, desarrollo y caducidad, y las leyes que regían este proceso, así como sus esencias más profundas, razones por las cuales la ideología del proletariado sobrepasaba las fronteras nacionales y continentales para constituirse en el

instrumental teórico epistemológico y metodológico idóneo para comprender la sociedad y transformarla —también en este continente— si se tenían en cuenta las especificidades fenoménicas histórico-concretas tanto regionales como epocales.

La constatación empírica martiana de la influencia del medio social y de los intereses en las formas de pensar y actuar de los hombres, el temprano alineamiento de Martí del lado de los humildes, sus simpatías y su final comprensión de la justeza de las demandas del proletariado y las muestras de solidaridad con sus luchas, podían articularse coherentemente en el siglo XX con la comprensión de las causas, leyes y esencia de los fenómenos y procesos histórico-sociales —y las vías que el hombre podía desarrollar para influir en el progreso— que la difusión del marxismo y el leninismo puso al alcance de los revolucionarios cubanos, en la república neocolonial, sobre todo al triunfo de la Revolución de Octubre.

De esta forma fue posible entender —en sus esencias últimas— las razones por las cuales las ideas de la burguesía en su etapa revolucionaria, habían encontrado eco en los patriotas latinoamericanos como fuente de inspiración de las revoluciones nacional-liberadoras, en tanto estas —por el momento en que tuvieron lugar y los intereses de sus fuerzas directrices— tenían necesariamente que asumir los presupuestos de las revoluciones burguesas precedentes, más o menos adecuados a las especificidades latinoamericanas; y además, las razones por las cuales —con el desarrollo del capitalismo como sistema mundial y en la fase imperialista— la burguesía había dejado de ser una clase revolucionaria, por tanto, se imponía precisamente la lucha por el tránsito al socialismo, en la cual el proletariado devenía portador de las nuevas concepciones revolucionarias a nivel planetario.

Por ello, pudieron formular los fundadores de la ideología del proletariado en la América Latina, parte de los argumentos para refutar los ataques de las fuerzas de la reacción al socialismo y a su fundamentación marxista y leninista —partiendo en este análisis del pensamiento martiano más avanzado o coincidiendo con el Maestro, y de la propia concepción materialista de la historia, articulados coherentemente—, gracias a la apropiación un nuevo instrumental teórico-metodológico capaz de develar las especificidades nacionales y regionales fenoménicas en el contexto general del movimiento histórico y, al mismo tiempo, distinguir las concepciones martianas más radicales.

Desde este enfoque podía evidenciarse que, también en la América Latina, la ideología del proletariado —como antes la de la burguesía revolucionaria— tenía validez internacional, y que de su utilización creadora en cada lugar dependía no sólo la liberación nacional, sino sobre todo la verdadera humanización de la sociedad que hiciera posible la implantación de la libertad, la igualdad y la fraternidad entre los hombres, consignas que, enarboladas por los explotados, se llenarían de nuevos contenidos.

Las concepciones de Marx y sobre todo de Lenin, brindaron nuevos argumentos teóricos e ideológicos para la comprensión de las especificidades de la interrelación de la cultura nacional y planetaria, en las nuevas condiciones histórico-concretas generadas por el imperialismo y el neocolonialismo, a partir de los cuales emprender la tarea de conformar una nueva conciencia revolucionaria en las masas populares con vistas a crear las condiciones para la revolución en medio de la ofensiva ideológico-cultural dirigida a la disolución de la identidad cultural y nacional de los pueblos oprimidos.

Lo hasta aquí expuesto nos conduce al tema del lugar y el papel del leninismo en el proceso de inserción de la ideología del proletariado en la cultura nacional de los pueblos latinoamericanos y en general del Tercer Mundo, mediante y su articulación con las ideas marxistas en torno a la interrelación de la cultura nacional y epocal en aquellas esferas de la actividad y la producción espiritual humanas más relacionadas con las especificidades de cada país o región del mundo.

No es casual que haya sido la obra teórica y práctico-revolucionaria de Lenin una importante vía de difusión del marxismo en el continente. El triunfo de la revolución socialista en un país cuyas condiciones histórico-concretas diferían en aspectos importantes —en cuanto a origen cultural y desarrollo socioeconómico— de las grandes potencias capitalistas europeas que habían sido el objeto de estudio inicial y fundamental de Marx y Engels en la elaboración de la teoría marxista (en especial del modelo teórico del que partieron para el estudio del mundo colonial que quedó trunco), proyectó a nivel planetario la personalidad de Lenin como continuador desde una perspectiva crítica y creadora del marxismo en la época del imperialismo y el neocolonialismo.

El *Manifiesto del Partido Comunista*, el prefacio a la *Contribución a la crítica de la economía política* y *El Capital* (conocido inicialmente casi siempre por los resúmenes), o el manual de Bujarin, que circularon por los años veinte en el continente; obras de Lenin como *El Estado y la Revolución*, *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, *El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo*, sus textos sobre el derecho de las naciones a la autodeterminación, especialmente el informe presentado en el II Congreso de la Internacional Comunista, y sobre las luchas de los pueblos coloniales y neocoloniales por la liberación y sus nexos con la revolución socialista mundial, así como aquellos en que Lenin analiza los rasgos del capitalismo en Rusia y las posibilidades de iniciar, en esas condiciones, una revolución socialista en ese país, tenían especial significación para los revolucionarios latinoamericanos.²⁵

La interpretación creadora del marxismo dio a Lenin una nueva perspectiva para la elaboración de una teoría de la revolución más cercana a la realidad latinoamericana que la concepción marxista de la revolución socialista, surgida antes del tránsito a la etapa imperialista del capitalismo y su conversión en sistema mundial neocolonial. Marx ponía entonces, justamente en primer plano, en el contexto de la tesis del carácter mundial

de la revolución, su inicio en aquellos países donde el capitalismo había generado un desarrollo mucho mayor que las fuerzas productivas y por tanto las relaciones de producción constituían un freno. En aquellas circunstancias era posible concebir el tránsito al socialismo a nivel planetario, más cercano en el tiempo. Esto no implicó, sobre todo en sus últimas obras, el desconocimiento del lugar y el papel de las luchas por la liberación nacional en las colonias, incluso como aspecto esencial de ese tránsito (ver: Marx, C. y Engels, F. 126; Monal, I. 139).

Como hemos visto, algunas ideas de Lenin tuvieron especial importancia para la comprensión de la realidad latinoamericana y su devenir histórico, estrechamente relacionadas con los presupuestos teóricos de su creadora teoría de la revolución, o con los elementos tácticos y estratégicos de esta.²⁶ Para los fundadores de la ideología del proletariado en América Latina, no pasó inadvertida la importancia — desde el punto de vista histórico y teórico, epistemológico y metodológico del leninismo— de la utilización del marxismo —de forma creadora, como guía para la interpretación y transformación de la sociedad en este lado del mundo—, ni la validez de sus obras como punto de partida para una interpretación creadora de esa realidad, ni los aportes teóricos para la comprensión de la etapa imperialista del capitalismo y del sistema neocolonial que se implantaba en el mundo, y el papel que había desempeñado en la ampliación del objeto de estudio de la ideología del proletariado hacia el hoy llamado Tercer Mundo, que ya había iniciado Marx y continuó Engels después de la muerte de su amigo entrañable.

Menos aún ignoraron la importancia de todo ello para refutar tanto las interpretaciones vulgarizantes como las tergiversaciones intencionadas, que trataban de presentar al marxismo como una teoría ajena a la realidad latinoamericana, eurocéntrica y unilineal, de modo tal que el marxismo y el leninismo cumplieran en América Latina la condición establecida por los clásicos para garantizar su efectividad: la inserción en la cultura nacional. Semejante supuesto, como es evidente, resulta similar en su esencia al principio martiano de asumir en lo que respecta a las ciencias sociales, incluida la política, aquellos principios generales que la práctica valide como adecuados a las condiciones históricas presentes del país en el que se pretenden aplicar.

En Mella, por ejemplo, esta defensa del marxismo y del leninismo en la que la interrelación de lo nacional y lo internacional en el desarrollo histórico y su expresión en las ideas deviene punto de partida del análisis, se expresa ya en 1924:

“Sólo los de mentalidad tullida podrán creer que la evolución de los pueblos de la América se ha de detener en las guerras de independencia que han producido estas factorías llamadas Repúblicas, donde gobiernan hombres iguales o peores algunas veces, que los virreyes y los capitanes generales españoles.

Si la Revolución social fuera a producirse sólo en el antiguo país de los zares, habría que creer que el esfuerzo gigantesco de los bolcheviques es inferior a los de los revolucionarios de 1879, que hicieron sentir la fuerza de su credo hasta en la independencia de la lejana América” (Mella, J. A. 82, p. 182).

No desaprovecha Mella la oportunidad para demostrar que también en el siglo XX, como en la anterior centuria, los que calificaban de exótico al pensamiento revolucionario en el ámbito latinoamericano, asumían una postura mimética con relación a las corrientes de pensamiento de la burguesía reaccionaria, impuestas desde las nuevas metrópolis imperialistas y que este mimetismo acrítico respondía a la coincidencia de intereses clasistas:

“Copiar servilmente a Europa o a los Estados Unidos es algo común en las burguesías dirigentes de América [...] los más avanzados imitan a la gran “democracia” estadounidense. Ninguna actitud más justa y revolucionaria encuentra eco en esas castas dominantes [...] Son de la misma madera los capitalistas españoles, italianos o ingleses, que los argentinos, chilenos o cubanos” (Mella, J. A. 82, p.340).

Según Mella, del mismo modo que el tránsito del feudalismo al capitalismo había sido una necesidad a nivel planetario, el tránsito del capitalismo al socialismo devendría mundial, ya que “América no es un continente de Júpiter sino de la Tierra. Y es una cosa elemental para todos los que se dicen marxistas [...] que la aplicación de sus principios es universal, puesto que la sociedad imperialista es también universal” (Mella, J. A. 82, p. 378).

Pero la universalidad del fenómeno imperialista y neocolonial y, consecuentemente con ello, la inevitabilidad de la liberación nacional y su proyección socialista, y la vigencia de la teoría en que se fundamenta, podría ser aplicada en América Latina con éxito a condición de que se haga conciencia en las masas trabajadoras en dos dimensiones esenciales para Mella:

- La comprensión de que el socialismo es la continuidad lógico-histórica de las luchas del pasado siglo, no sólo por la independencia nacional, sino por la creación de una sociedad verdaderamente humana, para lo cual la nueva teoría ha de pasar a ser parte de la cultura nacional, articulándose coherente y sistémicamente con las tradiciones ideológicas propias:

“Cuba Libre no ha existido totalmente, a pesar de los esfuerzos de Céspedes [...] y de Martí. Cuba fue libre de España, en lo económico,

para sucumbir ante los EE. UU. Y, en lo político pasó del despotismo de los capitanes generales weylerianos a los presidentes generales machadistas. Pero el lema no es malo. Condensa el ansia de libertades de un pueblo y se ha transmitido como símbolo Yara, Baraguá, Baire [...] y, en 1928(?), ¿cómo se llamará? No importa el lugar donde se inicie la rebelión.

Toda Cuba es hoy Baire. Mas, para que el próximo 'grito' no pueda ser traicionado, para que sea uno verdaderamente popular y democrático le añadimos el complemento 'Para los trabajadores'. Será esta frase la base de la otra. Así no puede ser traicionada [...] Esta es la única manera de aplicar los principios del Partido Revolucionario de 1895 a 1928" (Mella, J. A. 82, p. 415).

- Su aplicación ha de tener en cuenta las especificidades de la historia y de la situación presente de los pueblos latinoamericanos, y encontrar soluciones propias a los problemas propios, sin trasladar acríticamente las experiencias de otras revoluciones: "No pretendemos implantar en nuestro medio, copias serviles de revoluciones hechas por otros hombres en otros climas, en algunos puntos no comprendemos ciertas transformaciones, en otros nuestro pensamiento es más avanzado pero seríamos ciegos si negásemos el paso de avance dado por el hombre en el camino de su liberación" (Mella, J. A. 82, pp. 87 y 88).

Como Martí y como Lenin, Mella defendió en su momento la asimilación crítica de la cultura de su época, teniendo como divisas esenciales la asunción de determinadas doctrinas a partir de la similitud de las condiciones históricas del lugar donde surgieron y donde se pretendió aplicarlas en consecuencia con las especificidades propias y partiendo de la práctica como criterio de verdad. Para ello cuenta, a diferencia de Martí, con el conocimiento de las leyes que rigen los procesos de transformaciones sociales, lo que le permite comprender que el capitalismo y su fase imperialista es un sistema a nivel planetario, cuyo advenimiento, desarrollo y caducidad es regular —sin que ello implique que sus manifestaciones concretas en cada lugar sean idénticas—, por lo que del papel de los individuos en la comprensión de lo general y lo específico del desarrollo de los pueblos en el contexto del imperialismo, dependerá en mucho que el tránsito a una nueva época de justicia social para los humildes, que Martí consideraba posible y necesario —el socialismo para los fundadores de la ideología del proletariado—, se acercara o alejara en el tiempo.

En lo que concierne más directamente a Lenin, Mella destacaba, por ejemplo, que

"Nadie encontrará extraño que los revolucionarios y proletarios de la América sean también de la misma madera que los europeos. He aquí la razón por la cual los actos de los revolucionarios y proletarios

Europeos pueden ser fuente de inspiración para los de América Latina. Estos últimos, elementos progresistas, no tratan de copiar servilmente, como los Mussolinis tropicales o los Coolidges selváticos, las actitudes enérgicas y salvadoras. Una inteligente adaptación se verifica siempre, a pesar de los gritos infantiles de los que nos hablan oscuramente de movimientos ‘autónomos’ sin probarnos que son total y verdaderamente autónomos ante las influencias extranjeras imperialistas.

La Tercera Internacional y la URSS tienen para la América Latina un doble significado. Primero: son la vanguardia y el baluarte del movimiento socialista. Segundo: son el pivote de todo movimiento de emancipación nacional que sea sincero. La teoría leninista sobre el imperialismo es de aplicación universal, no regional como algunos ‘revisiónistas’ pretenden probar simplistamente” (Mella, J. A. 82, p. 340).

Porque para Mella, la “Tesis sobre las nacionalidades” leninista aprobada y divulgada entre el proletariado y los revolucionarios de todo el mundo, le ensañaba como desarrollar el frente único en la América Latina, entre otras razones, porque

“El imperialismo es un fenómeno internacional y sus características fundamentales (el imperialismo, última etapa del capitalismo. N. Lenin) son iguales en América y en el Asia.

Los pueblos coloniales también presentan rasgos semejantes en América en Asia.

Los restos de las sociedades bárbaras y feudales en los países coloniales son modificados de manera muy semejantes por la penetración del capitalismo imperialista, ora sea el inglés, el yanqui o el francés. Luego la aplicación de táctica ha de diferir en los detalles y en la oportunidad histórica. Pero la generalidad (papel de clases, base del frente único, desarrollo del imperialismo y del proletariado, etc.) son invariables a la luz del marxismo y de su adaptación a la época moderna del imperialismo: el leninismo” (Mella, J. A. 82, p. 378).

Refutando las posiciones elitistas y antimarxistas de Jorge Mañach en 1933, quien intentaba demostrar el dogmatismo y el carácter extranjerizante atribuidos a la ideología del proletariado, para justificar la tesis de la existencia de una intelectualidad revolucionaria situada por encima o al margen de las clases y sus luchas, Raúl Roa, como José Carlos Mariátegui, insistía en que el marxismo era

“...en su contenido histórico, una interpretación dialéctica de los procesos sociales, una verdadera sociología, y, en su contenido filosófico, una visión peculiar de la vida, y sus problemas, una

explicación materialista del mundo que aspira a transformarlo. Lo que, sin embargo, no excluye que las muchedumbres marxistas — cuya vanguardia política es el Partido Comunista— sean eminentemente dogmáticas, estremecidas de religiosidad combativa. No se crea un mundo nuevo dudando previamente de él, La experiencia histórica lo comprueba. En todas las épocas, las masas se han movido, han actuado a impulsos de una realidad potencial que la fe apasionada en su ulterior realización ha convertido en un mito dinámico” (Roa, R. 85, p. 18; ver: Mariátegui, J. C. 69).

Para Roa el marxismo y el leninismo eran interpretaciones científicas de la realidad social de su tiempo, porque

“Fuera un dogma el marxismo, si considerara las cosas y los conceptos ‘como objetos distintos, rígidos, inmutables, dados de una vez y para siempre que se pueden analizar unos después de otros, e independientemente de los demás’, y no, como los considera, ‘en su conexión, en su encadenamiento, en su aparición y desaparición’; es decir, como procesos. Lo fuera, si, contrariando su propia base dialéctica (‘todo fluye, todo cambia’), presentara la solución comunista correspondiente a un determinado grado de desarrollo de las fuerzas productivas” (Roa, R. 85, p. 19).

En defensa del leninismo, a partir de la cual Roa expone la esencia del imperialismo y el neocolonialismo en este texto, añade:

“Lenin —su más genial exégeta y realizador—, no hará más que adaptar la doctrina marxista, sin que substantivamente sufra menoscabo, a la época del capitalismo financiero y de la revolución proletaria, aplicándola a la realidad rusa en su forma transitoria de dictadura del proletariado, como instrumento de dominación de éste sobre la burguesía que se resiste a morir mansamente; como se aplicará igualmente a la realidad mundial cuando las condiciones subjetivas de las masas esclavizadas y la madurez misma de los acontecimientos la impongan catastróficamente” (Roa, R. 85, p. 19).

Refiriéndose a la formación ideológica de Rubén Martínez Villena, Raúl Roa destaca el lugar del leninismo en este proceso, especialmente de dos de las obras fundamentales del jefe de la Revolución de Octubre: *El Estado y la Revolución* y *El imperialismo, etapa última del capitalismo*, cuyo estudio sistemático

“...alarga su mirada hasta percibir, por primera vez, el movimiento de conjunto de la historia de la humanidad y comprende que la explotación del hombre por el hombre y de la mayoría de los pueblos por un puñado de minorías privilegiadas y el advenimiento de una

sociedad sin explotadores, sin oprimidos y opresores, sólo podría conquistarse mediante el derrocamiento revolucionario del régimen capitalista y la edificación de la sociedad comunista...” (Roa, R. 83, pp. 134 y 135).

Sobre la significación del leninismo en Cuba, Carlos Rafael Rodríguez afirma que

“Lenin también nos seduce intelectualmente; pero se trata de una atracción menos lejana” [en relación con Marx] “Su obra está hecha en circunstancias que nos resultan próximas y con materiales que nos son familiares. No es sólo que Marx piense la Revolución para después hacerla y Lenin aproveche el esclarecimiento previo que su antecesor profético le entrega para hacer esa Revolución al par que continúa pensándola. Es que el ámbito de la Revolución leninista resulta a las claras muy diverso al que sirviera de marco a las previsiones y al diagnóstico del ‘Manifiesto’. Se trata de un modo también distinto al nuestro y sus problemas no son siempre asimilables, pero desde el comienzo mismo, encontramos en él ingredientes que nos son comunes hasta llegar a hacerse en la práctica un mismo mundo conceptual, una vez que el acceso al poder en Rusia reafirma a Lenin en el criterio de que la Revolución socialista de Europa tiene en las colonias y neocolonias de Asia, África y América Latina sus reservas más explosivas y su mejor defensa, y que el imperialismo ha convertido a ‘las revoluciones’ en una sola y misma Revolución mundial” (Rodríguez, C. R. 88, T. I , pp. 305 y 306).

No resulta aventurado afirmar que en esta identificación con el espíritu crítico y creador con que Lenin asume el marxismo están presentes las concepciones martianas en torno a la necesidad de asimilar las teorías científicas referidas sobre todo a los nexos hombre-mundo, a partir de las especificidades de cada uno de los conglomerados humanos y de lo que estos tienen en común entre sí en una época histórica determinada, teniendo como criterio de verdad la práctica —en el sentido de práctica social revolucionaria— a la hora de adecuarla o de descubrir —siguiendo determinada concepción metodológica—, en la naturaleza misma de los fenómenos sociales de cada país o región, las generalizaciones teóricas imprescindibles para interpretar la realidad y transformarla en el sentido ascendente del progreso social, como hemos visto.

***La concepción de la historia y el despertar
de la conciencia nacional***

Como hemos planteado en otros trabajos, a partir de 1920 se abre lo que consideramos como primer momento de la articulación del marxismo y el leninismo con el pensamiento martiano en Cuba. Es, como se sabe, Julio Antonio Mella quien inicia este proceso, y es justamente a propósito del libro que aspiraba a escribir sobre Martí, cuyo esquema inicial da a conocer en su artículo “Glosas al pensamiento de José Martí”, donde aparece lo que pudiéramos considerar como la primera formulación de una nueva visión de la historia como ciencia desde la concepción materialista y dialéctica en Cuba, a propósito de la crítica no sólo a la historia reaccionaria oficial, sino también a las posiciones iconoclastas de extrema izquierda, igualmente anticientíficas, en ambos casos fundamentadas en posiciones idealistas.

Este nuevo enfoque constituyó un importante salto de calidad en el desarrollo del pensamiento cubano, entre cuyos antecedentes inmediatos habría que destacar —en lo que se refiere a enfrentamiento a las versiones intencionalmente tergiversadoras de la historiografía oficial— a quienes, desde una posición antiplattista se opusieron a los detractores abiertamente reaccionarios:²⁷ aquellos que, apenas concluida la guerra, y aun antes, se apresuraron a considerar a Martí como el enemigo jurado de los intereses del país —que se identificaban con los de la oligarquía proimperialista y de los monopolios norteamericanos a los cuales servían— o con iguales propósito, ocultaban o tergiversaban las ideaciones más radicales del Maestro, precisamente por la defensa por parte del fundador del PRC, de una sociedad de justicia y equidad sociales para los humildes.²⁸ Se trataba, casi sin excepción, de los voceros de la historiografía plattista que, a contrapelo de la historia real, intentaban convertir a los Estados Unidos en el gran protagonista de la independencia y de la Constitución de la República.

Mella plantea la existencia entre nosotros de dos tendencias a la hora de analizar los acontecimientos históricos: la conservadora y reaccionaria de los que “...sienten sobre sí todo el peso de las generaciones pasadas... y aman como única panacea, la Revolución Francesa de 1789[...]” y la que se sitúa en la ultraizquierda de los izquierdistas “ridícula y fantástica”, porque creen que “[...]ellos son toda la historia [...] pretenden ignorar todo el pasado. No hay valores de ayer”. Estos son para Mella “...los disolventes e inútiles, los egoístas y antisociales[...]” (Mella, J. A. 82, p. 268). Partiendo del carácter determinante del factor económico, sólo en última instancia, en el devenir de la sociedad, y de la lucha de clases como motor de la historia, Mella afirma que la tercera forma de interpretar la historia es la cierta: consiste, en el caso de Martí y de la Revolución,

“[...]en ver el interés económico social que creó al Apóstol, sus poemas de rebeldía, su acción continental y revolucionaria: estudiar el juego fatal de las fuerzas históricas, el rompimiento de un antiguo equilibrio de fuerzas sociales, desentrañar el misterio del programa ultra democrático del Partido Revolucionario, el milagro [...] de la

cooperación estrecha entre el elemento proletario y la burguesía nacional; la razón de la existencia de anarquistas y socialistas en las filas del Partido)...” (Mella, J. A. 82, pp. 268 y 269).

Tiene en cuenta Mella, a todas luces, el principio marxista —y también martiano— de la necesidad de analizar los hechos, las ideas, los personajes, las instituciones, en el contexto histórico al cual pertenecieron, sin dejar de entender la importancia del conocimiento histórico en la comprensión del presente y en el pronóstico del futuro, cuando afirma que urge analizar “...(...) los antagonismos nacientes de las fuerzas sociales de ayer, la lucha de clases de hoy...(...)” y, además, las causas del “...(...) fracaso del programa del PRC y del Manifiesto de Montecristi...(...)” en la Cuba que según Varona —al decir de Mella— volvía a ser colonia (Mella, J. A. 82, p. 269). Por todo ello es que Mella insiste en la necesidad de un enfoque de los principios martianos a la luz de los acontecimientos del presente.

Tras estos presupuestos esenciales de la concepción materialista de la historia está, por supuesto, la asunción de principios ontológicos de la teoría filosófica marxista, que evidencian un profundo y consecuente cambio en la concepción del mundo, en primer lugar, el que ha sido considerado como fundamental: el ser social determina la conciencia social, y la certeza de la comprensión de la sociedad, pero sobre todo de su transformación posición fundamentada desde la concepción materialista de la historia, asumida, como es lógico, por los marxistas cubanos de entonces y sus continuadores. Se trata de principios a los que las ideas martianas iban acercándose de forma intuitiva en el nivel empírico del conocimiento sobre todo de la sociedad norteamericana que le proporcionó la aplicación consecuente de su método histórico-político de análisis de la sociedad, cuando comprueba que los hombres piensan y actúan de acuerdo con sus intereses socioeconómicos y políticos.

Se considera a Villena el autor del primer análisis marxista de la economía cubana: “Cuba factoría yanqui” escrito en 1927 para que fuera presentado por Mella en el Congreso Antiimperialista de Bruselas que es sin duda la continuidad superadora²⁹ de los textos martianos sobre la Conferencia Interamericana y la Monetaria, en el sentido de que en este informe se constata, luego de concluido prácticamente el proceso de absorción de la economía cubana por los monopolios yanquis, que

“La política exterior de los Estados Unidos durante el siglo XIX respecto a Cuba fue determinada por factores económicos que tendían a ganar en favor del capital yanqui una posición privilegiada en el Caribe. El Congreso de Panamá [...] las tentativas de compra de la Isla [...] la guerra con España [...] el primer gobierno interventor y la imposición de la Enmienda Platt [...] tendieron a conseguir y consiguieron ese propósito esencialmente económico.

En el siglo XX, una vez que el apéndice constitucional garantizó la paz interna y la propiedad extranjera, los intereses capitalistas confluyeron hacia la rica Isla [...] se dedicaran mediante fuertes inversiones, a la conquista de la fácil presa indefensa” (M. Villena, R. 78, p. 109; ver: *Ibidem* 77, Introducción).

Para Villena, a la luz del derecho internacional Cuba era un protectorado gracias al Tratado Permanente que limita constitucionalmente las facultades esenciales de la personalidad estatal del país nacional, con lo cual quedaban refutados todos los argumentos de patriotas errados para demostrar la independencia y soberanía del país. Precisamente la condición de Cuba como esclava económica, resulta para el autor suficiente prueba de su dependencia política a los Estados Unidos. Esta interrelación es vista también por Villena en su dimensión nacional interna al denunciar la política seguida por los gobiernos de turno y por la burguesía aliada al imperialismo: “Ellos son culpables, en gran parte, de la victoria del imperialismo capitalista de Wall Street”, pues “...interesados en favor de la creciente yanquinización [sic.] de nuestra industria [no] han intentado enfrentarse con esas terribles circunstancias [...] a pesar de que ambos [...] han tenido a su alcance medidas de defensa nacional (M. Villena, R. 78, pp. 153 y 154).

A partir de un consustanciado análisis de la penetración norteamericana en cada una de las esferas de la economía nacional, inédito en Cuba hasta entonces, Villena concluye que

“Todos estos datos estadísticos [...] más la consideración de lo que queda expuesto por capítulos en cuanto a la banca, al comercio y la industria [...] conducen indefectiblemente a la conclusión que da nombre a esta parte del presente trabajo: Cuba. El país que proporcionalmente sufre mayor inversión de capital estadounidense, la nación, por ende más esclavizada a Wall Street, es una semicolonía: una factoría yanqui” (M. Villena, R. 78, p. 164).

A Rubén Martínez Villena se debe una de las primeras formulaciones de la contradicción principal del pasado siglo, imperialismo neocolonia, en Cuba, intuida por Martí cuando a penas se esbozaba. Para esta formulación Villena cuenta con el instrumental teórico marxista, y en especial, con los estudios de Marx y Engels sobre el capitalismo como sistema mundial, con el desentrañamiento leninista de su fase superior y con la experiencia emanada del despliegue de la absorción de la economía cubana por los monopolios que Martí había denunciado como peligro inminente: Al plantear cómo el término “imperialismo yanqui” había sido borrado de la interpretación de la Historia de Cuba incluida en el manifiesto a través del cual ABC pasaba a constituirse en partido político, Villena insiste en que la contradicción entre los Estados Unidos y Cuba debe ser el hilo conductor de un análisis verdaderamente científico del

devenir de la nación cubana desde fines del siglo XX: “Pero el imperialismo yanqui como amo del país [...] Esa causa profunda [...] no aparece en ningún sitio [...] se ha logrado relatar la historia del crimen sin nombrar al asesino” (M. Villena, R. 78, p. 226). Esta contradicción es vista por Villena no sólo con respecto a Cuba, sino también es su dimensión latinoamericana, elemento que no había escapado a la sagacidad martiana...

Villena es uno de los primeros que en el siglo XX plantea la oposición Norte-Sur en términos económicos,³⁰ camino que había iniciado Martí a fines del siglo XIX. Pero, sobre todo, Villena estuvo en condiciones de adentrarse en la estructura interna de esta contradicción y avanzar más que Martí en el develamiento de sus causas y consecuencias de su despliegue en el seno de la sociedad norteamericana, dando continuidad superadora a los geniales atisbos martianos (ver: Monal, I. 140). En su artículo “Contradicciones internas del imperialismo yanqui en Cuba y el alza del movimiento revolucionario”, Villena, partiendo de la afirmación de que Cuba es “...centro de contradicciones interiores del imperialismo...”, desglosa las aristas esenciales de esta contradicción, en las que señala las existentes entre los fabricantes de azúcar norteamericanos en Cuba y las grandes refinerías en Estados Unidos; entre los colonos y los centrales; entre los exportadores yanquis de productos a la Isla y los azucareros norteamericanos causantes del alza de las tarifas; entre los vendedores yanquis y sectores de la burguesía no azucarera en Cuba, sometida al imperialismo a través de los bancos, pero interesada en producir para el consumo nacional. (ver: M. Villena, R. 78).

A todo ello añade la contradicción que considera fundamental por su esencia antagónica, en franco proceso de agudización, “...entre las masas explotadas y oprimidas, y las clases dominantes testaferras del imperialismo” para concluir que

“El problema capital para el dominio imperialista en Cuba no es la lucha contra una burguesía nacional que sea necesario vencer, pues [...] es muy débil para dar una forma política considerable a sus movimientos instintivos de resistencia; ni el problema es tampoco [...] la lucha contra un imperialismo rival que le dispute la presa (como en el resto de América Latina).

El problema principal para el imperialismo yanqui en Cuba es el conflicto con sus propias dificultades internas; dificultades de un régimen de explotación y dominación ya consolidado en la penetración casi exclusiva de los sectores básicos de la economía de un país, pero que ha llegado a ser insoportable para las masas en el mismo momento en que empieza a dar muestras de descomposición interior” (M. Villena, R. 78, pp. 236 y 238).

Villena, como Martí, establece los nexos entre el expansionismo imperialista y la situación interna en los Estados Unidos, señalando que se

le presentan en Cuba dos cuestiones claves: a) cómo neutralizar o reducir los elementos que en su seno se vuelven en su contra: b) cómo conservar su dominio sobre las masas explotadas y oprimidas sometiendo pacíficamente al proletariado, campesinos pobres y medios, capas de la burguesía urbana que incrementan, bajo la dirección del Partido Comunista, la lucha contra el régimen burgués-feudal-imperialista.

Estamos en presencia, sin duda, de la fundamentación teórica, marxista y leninista, más completa hasta ese momento en Cuba, de la interrelación economía-política, en cuyo contexto Villena establece las bases científicas de varios presupuestos esenciales de una nueva visión de la historia cubana, del proyecto revolucionario y del modelo de sociedad capaces de dar continuidad a la revolución nacional-liberadora y a la república de justicia social a las que Martí aspiraba a fines del siglo XIX, en las nuevas condiciones de la era del neocolonialismo imperialista, poniendo en evidencia la necesidad de la proyección socialista de este proceso señalada con anterioridad por Mella (ver: Miranda, O. 136).

Entre esos aspectos habría que señalar: a) la lucha no podía ser contra los gobiernos de turno, sino contra las causas que los hacían posible: la dependencia económica al imperialismo yanqui; b) la revolución política tenía que marchar unida a la revolución social, en el sentido martiano de esta distinción: liberación nacional y emancipación social; c) la nueva estructura del sujeto de la revolución debía tener como fuerza directriz al proletariado (la clase más confiable para Martí en la revolución independentista), desde el proyecto nacional-liberador mismo, en alianza con el resto de los sectores y clases explotadas que integraban las masas populares; d) la burguesía cubana —los ricos cuyo patriotismo Martí pone en duda— era para Villena incapaz de encabezar el movimiento nacional-liberador ni aun en el caso de los sectores cuyos intereses estaban en contra de la dependencia neocolonial, por su debilidad intrínseca (ver: Grobart, F. 111; Soto, L. **157**; M. Villena, R. 77, Introducción; Rosales, J.

156). x

Es Carlos Rafael Rodríguez quien expone la nueva interpretación de la historia de Cuba desde la concepción dialéctico-materialista —siguiendo la línea iniciada por Mella y Villena—, respondiendo al llamado de Blas Roca de desarrollar estos importantes aspectos teóricos, ante la agudización de la campaña anticomunista de la derecha ultrarreaccionaria y pro-fascista —tanto en Cuba como en el ámbito internacional— generada a raíz de la ofensiva soviética contra la Alemania hitleriana, y la “guerra fría” que sucede a la derrota del fascismo—en la que la URSS desempeñó el papel fundamental—, para refutar los viejos intentos de presentar a los comunistas como agentes de una potencia extranjera, al socialismo como un proyecto social impracticable y al marxismo y al leninismo como una ideología disolvente de las tradiciones histórico-ideológicas y culturales nacionales y ajena al mundo occidental.

El ensayo antológico de Carlos Rafael Rodríguez: *El marxismo y la historia de Cuba* (1943) resultó la visión científica más completa de un nuevo enfoque de la historia de Cuba, y la crítica más aguda a las tendencias historiográficas de entonces, incluida la justa valoración de los aciertos y limitaciones de los renovadores, referido todo ello a la nueva interpretación de la historia de Cuba que consideraba, como Mella y Villena, imprescindible emprender, fundamentada, por supuesto, en la concepción materialista de la historia, cuyos presupuestos esenciales deja claramente delimitados (ver: Miranda, O. 132).

Carlos Rafael Rodríguez considera la presencia entonces dos tendencias historiográficas fundamentales: la apologética en sus dos vertientes: los historiadores a quienes el patriotismo les hacía repudiar todo lo español y los inducía a justificarlo todo, disimulando manchas, errores, por lo cual no eran capaces de distinguir entre las posiciones verdaderamente revolucionarias y las que no lo habían sido, y la de los que eludían tales diferencias (por ejemplo, las existentes entre independentistas, autonomistas y anexionistas), para brindar una historia nacional grata a los plattistas imperialistas. La segunda de estas tendencias es la que el autor denomina iconoclasta, porque al mismo tiempo que atacaba todo lo convencional y ficticio de los enfoques reaccionarios de entonces, resultaba incapaz de constatar los aspectos progresistas de las acciones de ciertas instituciones injustas en sí mismas, o de ciertas figuras de actuación e ideas complejas y contradictorias. Todo ello es consecuencia de los fundamentos teórico-filosóficos idealistas de los métodos utilizados. Entre los aportes de este ensayo a la comprensión de la historia de Cuba desde el marxismo, pueden señalarse los siguientes:

- Siguiendo las concepciones martianas y marxistas, se plantea que ni la ingenuidad patriótica ni el interés clasista o el partidismo en los estudios sociales, eran excusas para ocultar la realidad social y su devenir. La historia tenía que ser analizada con un sentido crítico, para no repetir yerros precedentes ni presentar como tradición todo el pasado del país, porque la tradición real es la que se sedimenta en las rebeldías populares anónimas, las ideas de los adalides auténticos, la conjugación del trabajo de los héroes y la masa que los engendra.
- La aguda distinción crítica con que Martí había enjuiciado a autonomistas y anexionistas debía recuperarse, pero con un conocimiento más profundo de la esencia clasista de estas corrientes políticas.
- La defensa de la objetividad del enfoque dialéctico-materialista de la historia y la demostración de que sus partidarios se orientan por criterios científicos, no por el odio de clase, y por ello no condenan en bloque a la burguesía del siglo XIX ni le niegan altruismo, desprendimiento, heroicidad a los patriotas, ni explican sus acciones por meras razones económicas. A los historiadores verdaderos, fieles a

la verdad total y no a la verdad aparente, corresponde situar a los personajes, los hechos y las corrientes en su marco histórico adecuado.

- El marxismo no es una teoría economicista, si por ello se entiende que sólo lo económico influye en el proceso histórico, prescindiendo de los aspectos morales, ideológicos, religiosos. Para los marxistas, cada variación económica de un país no impone una variación concomitante de las ideas, las actitudes y actuaciones históricas de sus ciudadanos.³¹ Tal enfoque se considera sociologista vulgar, aunque sus autores se declaren marxistas (ver: Rodríguez, C. R. 89).
- La complejidad de este problema se expresa en que, al ~~no~~ coincidir determinados intereses de clase con los de toda la sociedad, este interés se manifiesta en la burguesía como encarnación de los más altos principios humanos. Se trata de ir a la raíz —como exigía Martí— y desentrañar “(...)todo el substratum [...] en que se origina la rebeldía cubana del 68” (Rodríguez, C. R. 89, p. 40).
- La concepción materialista de la historia es vista como la negación de las corrientes historiográficas del siglo XIX que asumieron formas excluyentes de analizar la historia, al basarla en hechos políticos solamente, o la conciben sólo como consecuencia de los actos de figuras relevantes, o como plasmación del espíritu universal, o destacan como lo fundamental el entorno geográfico o la lucha de razas, o de individuos o grupos, por la subsistencia. Tales enfoques son considerados como exclusivistas o reduccionistas.
- La historia como ciencia —en esto también asume a Martí— tenía que develar las leyes ocultas más allá de lo fenoménico en los sucesos de una época. Confundir la apariencia con la realidad, el proceso ideológico de la superficie con las fuerzas motrices que lo impulsan, hablar del patriotismo de los actores de Yara sin mostrar la estructura de clases de la época, “...es hacer pirotecnia patrioter pero no ciencia histórica” (Rodríguez, C. R. 89, p. 40).
- El modo marxista y leninista de escribir la historia no significa —Martí lo había intuido a su modo al referirse a lo que consideró de leyes históricas—, que por afirmar que los hombres “...(...)actúan según determinantes derivadas de la organización socio económica en que se mueven...(...)”, se “...(...)prescinde de la voluntad humana como factor histórico”. Para los marxistas y leninistas, la historia no se presenta “...(...)como ciego juego de las fuerzas económicas que mueven [...] (...) a los hombres convertidos en marionetas” (Rodríguez, C. R. 89, p. 42).
- La concepción materialista de la historia se basa en la posibilidad de “...(...)que el hombre actúe sobre la estructura social que lo rodea [...] (...)” Si los hombres no fueran agentes del proceso histórico, capaces con su acción de impulsarlo o retrasarlo, la sociedad quedaría estancada” (Rodríguez, C. R. 89, p. 43).

- La lucha de clases —teoría que devela en sus esencias más profundas las aproximaciones martianas a esta problemática en los países desarrollados— es el fundamento del avance de la humanidad para el marxismo, pues demuestra que esa actuación no puede producirse “...(...)

con entera independencia de las condiciones sociales”³² (Rodríguez, C. R. 89, p. 43).

En “José Martí, revolucionario radical de su tiempo”, Blas Roca se refiere a algunos presupuestos del análisis histórico de raigambre marxista, en los cuales se evidencian no pocas similitudes con la concepción martiana en torno a esta ciencia. Entre ellos resulta útil destacar los siguientes:

- El hecho histórico sólo puede valorarse acertadamente, si “...(...)
- El lugar y el papel de las individualidades y de la subjetividad humana en la historia —problema presente en toda la evolución del pensamiento cubano y muy especialmente en Martí.
- “La historia parece repetirse en ocasiones, al extremo de que la aparente similitud del pasado y el presente hace proclamar [...] nada hay nuevo bajo el sol” (Roca, B. 86, p. 11).

Otros de estos presupuestos ponen en evidencia precisamente cómo la asunción de la concepción materialista de la historia, en la misma línea de Mella, permite al sucesor de Villena al frente de los comunistas cubanos, referirse a los nexos de superación y continuidad de las concepciones marxistas con el método histórico-político martiano, y sus limitaciones lógico-históricas. En este sentido podrían señalarse las siguientes:

- En la historia de Cuba se han enfrentado, en lucha antagónica, dos tendencias: el partido de la reacción, conservador de lo viejo y el partido de la revolución, promotor de lo nuevo. Pero en cada una de las etapas de esa historia, las clases que encarnan esos partidos son distintas y distinto es también lo que defienden, lo que se proponen derribar, mantener o hacer nacer.
- Cada acción de estas fuerzas, los cambios de lugar y tiempo determinan las modificaciones de los procesos históricos y la ubicación relativa de las clases aún dentro de una misma época histórica, de ahí la diferencia básica entre las luchas, aspiraciones y propósitos de las diferentes

épocas. “En cada época la lucha ha sido más alta y más compleja, confrontando los problemas no resueltos en la anterior junto a los nuevos conflictos principales y a los gérmenes de otros que luego ocuparán el lugar decisivo” (Roca, B. 86, p. 11).

Lo visto hasta aquí pone en evidencia no sólo las diferencias esenciales en torno a la concepción de la historia como ciencia en el contexto del método histórico-político martiano y la concepción materialista de la historia, sino además, y sobre todo, lo que Martí fue capaz de descubrir en lo que a método se refiere, en la constatación empírica de la convulsa realidad de su época, sin el conocimiento de la teoría marxista. Por ello sus ideaciones sobre esta ciencia pudieron articularse con importantes aspectos de la concepción marxista de la historia como ciencia, como memoria histórica y como arma de lucha por la liberación nacional y la emancipación humana.

La concepción materialista de la historia y el rescate del pensamiento martiano

El enfoque marxista y leninista de la historia de Cuba y de la evolución de las ideas, especialmente en lo que concierne al pensamiento cubano, devino factor esencial para una comprensión cada vez más profunda no sólo del desarrollo de las ideas político-sociales revolucionarias, sino en general de la identidad nacional, en tanto constituyen su núcleo estructurador principal, como corresponde a un pueblo en lucha por su independencia durante más de un siglo de constante bregar. Esta nueva visión se inicia con el breve ensayo de Julio Antonio Mella: “Glosas al pensamiento de José Martí”, y en ella están contenidas prácticamente las ideas más avanzadas del Maestro, que de una u otra forma los intérpretes marxistas y leninistas de la historia y de la evolución de las tradiciones revolucionarias cubanas del siglo XIX reconocieron como el fundamento inicial de su propia formación ideológica, y al mismo tiempo determinaron la trascendencia histórica del Maestro más allá de su tiempo.

Entre esas ideas se destacan las siguientes: a) los ideales nacional-liberadores esenciales: independencia nacional absoluta, unidad de las fuerzas revolucionarias, antiimperialismo, internacionalismo latinoamericanista y planetario, unidad de las fuerzas interesadas en el progreso social como condición para el triunfo de los procesos revolucionarios; b) los ideales de emancipación humana: justicia social, igualdad legal, política y social, especialmente para los humildes, repudio a toda forma de discriminación, identificación con los intereses de las masas explotadas, especial confianza en la clase obrera como fuerza directriz en la lucha por la liberación nacional; c) dignificación del hombre: libertades individuales: anticlericalismo, libertad de conciencia, acceso a la

cultura en general, derecho a la educación, especialmente la formación científico y técnica; derecho al trabajo creador; etcétera.

Considera Mella que únicamente si ese libro es escrito por “...(...) una voz de la nueva generación, libre de prejuicios y compenetrada con las clases revolucionarias de hoy (...)”, podrían dilucidarse problemas claves como: a) “...(...) ver el interés económico social que creó al Apóstol, sus poemas de rebeldía, su acción continental...”; b) analizar el equilibrio de fuerzas que entonces hizo posible “...(...) el misterio del programa ultrademocrático, el milagro [...] de la cooperación entre el elemento proletario [...] y la burguesía nacional, la razón de la existencia de anarquistas y socialistas en las filas del PRC (...)”; c) los nacientes antagonismos clasistas de entonces entre fuerzas sociales apenas nacientes, para encontrar una explicación al fracaso del programa del PRC y del Manifiesto de Montecristi; d) el “...(...) estudio de los principios revolucionarios de Martí a la luz de los hechos de hoy...” (Mella, J. A. 82, pp. 268 y 269).

En definitiva, lo que Mella se proponía era indagar en los fundamentos teóricos más generales del ideario martiano, con el propósito evidente de demostrar los nexos de continuidad, ruptura y superación (lo que consideramos el contenido del concepto de articulación hoy) entre las ideaciones martianas más avanzadas y las de los marxistas y leninistas cubanos, y la vigencia del Maestro más allá de su momento histórico, como una necesidad de la práctica revolucionaria para la comprensión de las tareas que debían realizar sus continuadores, imbuidos del mismo espíritu con que Martí había analizado la experiencia de las revoluciones de liberación latinoamericanas y cubanas precedentes, desde una postura crítica y creadora.

De esta forma, estamos en presencia de la plasmación inicial de la problemática que nos hemos propuesto conceptualizar utilizando el término articulación —en una acepción distinta a la significación usual. La toma de conciencia de la existencia de este proceso en Mella, por otra parte, se expresa en la esfera de la práctica social revolucionaria en:

- La continuidad histórica que representó la fundación del Partido Comunista de Cuba, como sucesor del Partido Revolucionario Cubano creado por Martí, en el sentido de institución político-clasista en las concepciones mellistas, encargada de organizar y también dirigir —en esto se diferencia de la concepción martiana del Partido Revolucionario Cubano (PRC) entre otros elementos— la revolución política, como primer paso ineludible para alcanzar la plena liberación del hombre.
- La impronta de Martí en el proyecto nacional-liberador mellista, plasmada en la concepción de la Asociación Nacional de Emigrados Revolucionarios Cubanos (ANERC), y la Liga Antiimperialista de las Américas, organizaciones todas de frente único, tras las cuales estaba latente la problemática de la unidad revolucionaria precisamente en

momentos en que la Internacional Comunista —tras la muerte de Lenin— comenzaba a modificar su línea en un sentido diferente al de las propuestas leninistas en torno al sujeto de los procesos nacional-liberadores en los países coloniales y neocoloniales.

- La necesaria acción conjunta entre los trabajadores manuales e intelectuales en la lucha revolucionaria —como factor importante del desarrollo cultural e ideológico de las masas populares (la clase obrera en primer lugar) para que éstas puedan ejercer la función de jefes de la revolución y para que influyan en la formación de los que Gramsci denominó intelectuales orgánicos—, para lo cual funda la Universidad Popular José Martí.

En todos los casos estaban presentes elementos que sin duda devienen dialécticamente nexos de continuidad, ruptura y superación con las ideas martianas en torno a la revolución. Se trata de:

- La creación de una organización para preparar la guerra necesaria capaz de resolver la contradicción entre el trabajo de formación ideológica de las masas populares y la preparación de la insurrección por otra, y la capacidad para aglutinar en su seno a grupos sociales con intereses socioeconómicos diferentes, unidos por un objetivo común, la independencia nacional.
- La posibilidad de la unidad del proletariado con otras clases sociales, incluidas capas de la burguesía, la pequeña burguesía radical, el campesinado pobre y medio y los intelectuales revolucionarios.
- La unidad continental frente al imperialismo en la lucha por la segunda independencia.
- La revolución como un hecho cultural protagonizada por las masas humildes que, al desarrollarse, transforma la sociedad y al hombre como sujeto y objeto de la historia de la cultura y de los procesos revolucionarios, por lo cual esas masas han de ser cultas para dirigir la revolución.

En cuanto a las diferencias, es evidente que en las concepciones de Mella estos elementos, presentes en las ideas martianas, aparecen articulados con las concepciones leninistas, sobre todo porque a la altura de los años veinte no podía concebirse la posibilidad de una república de equilibrio clasista interno, y porque esa segunda independencia latinoamericana exigía la transformación de lo que Martí consideraba revolución política en social, desde la perspectiva socialista, y un modelo de república también socialista, como una necesidad histórica emanada de la esencia y las leyes que determinan el nacimiento, desarrollo y caducidad del capitalismo como sistema social, incluida la fase superior imperialista. De aquí que en los objetivos medios y fines perseguidos por Mella, las ideas martianas con respecto a la unidad nacional y continental se

articulen coherentemente con presupuestos leninistas básicos, siempre a partir de nexos de continuidad, ruptura y superación. Entre esos elementos diferenciadores habría que destacar:

- La teoría leninista sobre la necesidad de crear un partido de nuevo tipo, proletario, capaz, de establecer alianzas temporales coyunturales, con objetivos parciales concretos, sin perder su independencia ni abandonar su fin último, el socialismo.
- El establecimiento de un estrecho vínculo, por diversas vías, entre el partido de los trabajadores y las masas populares no militantes: los movimientos sociales de su momento histórico: obrero, estudiantil, del cual surge él mismo como líder nacional, de las masas negras y mestizas, femeninas, de los desocupados, a los cuales prestó especial atención desde su militancia comunista (ver: Miranda, O. 134^a).
- Las tesis marxistas y leninistas en torno a la necesidad de la estrecha interrelación de la teoría y la práctica revolucionaria y en torno a que la teoría científica de la revolución no podía surgir, por razones socioculturales histórico-concretas, del seno de la clase obrera. Tenía que ser el resultado de la labor de un nuevo tipo de intelectual revolucionario —orgánico, le llamará Gramsci más tarde— que, junto a los conocimientos teórico-científicos imprescindibles para emprender semejante tarea, asumiera como propios los intereses, objetivos y fines del proletariado como clase más revolucionaria de la sociedad contemporánea, en tanto consecuencia del lugar que ha ocupado en la producción y no la resultante de sus condiciones miserables de existencia como pensaba Martí. Todo ello concebido como una gran tarea del partido proletario.
- El presupuesto leninista en torno a que, en los pueblos coloniales y neocoloniales, ciertas capas de la burguesía nacional pudieran asumir posiciones revolucionarias por las diferencias existentes en lo que al desarrollo del capitalismo se refiere, entre estas colonias y sus metrópolis, por lo cual podían expresar los intereses de todo el pueblo en la lucha nacional-liberadora y por la eliminación de rasgos precapitalistas de la sociedad, en consonancia con las posiciones de esa clase frente al régimen feudal en los días de la Revolución Francesa.
- La posibilidad de que, en determinadas condiciones históricas cuando la burguesía es incapaz de asumir posiciones radicales por su debilidad como clase o por plegarse a los intereses imperialistas, el proletariado asuma la dirección de la revolución nacional-liberadora, para llevar hasta el grado más alto de radicalismo las tareas concretas de la burguesía en tales procesos y acelerar el tránsito al socialismo.

Rubén Martínez Villena nos muestra esta articulación desde otra faceta. Mientras Mella, formado también bajo la influencia martiana, asume al Martí demócrata y antiimperialista que ha superado el liberalismo plenamente, entre otras razones porque el joven líder estudiantil

entra en contacto tempranamente con el marxismo a través de un colaborador del Maestro, imbuido de aspectos importantes de su ideario más radical, como Baliño,³³ Villena se inicia en las actividades políticas vinculado precisamente a quienes —procedentes del campo de la independencia— veían la problemática de la frustración de la independencia desde la óptica del liberalismo de corte positivista, en su mayoría desde las posiciones reformistas, a partir de la consigna de la “virtud doméstica” como única vía de alcanzar y mantener, al menos, una república formal, razón por la cual, entre otras,³⁴ Villena asume inicialmente una visión patriótica de corte romántico que se sustenta más en los sentimientos que en el análisis racional de la realidad cubana. Esta visión le obstaculiza inicialmente la percepción del Martí demócrata y antiimperialista. Las tradiciones nacionales le influyen más en el sentido de la historia como fuente de sentimientos y valores y la utiliza como arma de lucha por el adcentamiento de la política interna; pero la historia como ciencia no rebasa en sus concepciones de entonces, la sucesión de hechos esencialmente políticos. “Baire”, “Credo y programa”, “La revolución de 1923”, todos escritos en 1923 precisamente, resultan buenos ejemplos de este inicial acercamiento a Martí. Es acertada la afirmación de Raúl Roa en torno a que, en ese año, Villena y sus amigos minoristas descubren simultáneamente al Martí lírico y al autor, junto a Gómez, del Manifiesto de Montecristi (ver: Roa, R. **154-ver 83, 84 y 85**).

La función social del intelectual y su obra, tal y como la concebía Martí, está presente sin duda en la Protesta de los Trece y en la fundación del Movimiento Minorista, aun cuando esta función social se entienda inicialmente del modo liberal predominante entonces, desde la perspectiva del enfrentamiento a la corrupción administrativa y política, que conduce a Villena a crear la Falange de Acción Cubana y a encabezar el ala izquierda del Movimiento de Veteranos y Patriotas. Pero el joven intelectual avanza, desde el patriotismo y el humanismo del Martí poeta —con quien se siente identificado por la extraordinaria sensibilidad artística, y por el oficio al que ambos tempranamente estuvieron dispuestos a renunciar en aras de la misión revolucionaria— hacia el Martí revolucionario radical de su tiempo.

Entre 1923 y 1926 en que Villena conoce “Glosas al pensamiento de Martí”, que según testimonio de Roa le devela el pensamiento del Maestro en toda su profundidad ideológico-política y social, el fracaso de sus primeras acciones políticas, el estudio de las obras de los clásicos del marxismo, en especial Lenin, la asesoría jurídica a varios sindicatos, y la participación como profesor en la Universidad Popular que lo vincula al movimiento obrero, la amistad con Mella, la prisión de su amigo, la lucha por su libertad y el exilio de Mella en México, han ido preparando el camino para la comprensión de las ideaciones martianas más radicales, que harán cambiar básicamente sus ideas en torno a la historia, la revolución y especialmente la interrelación economía y política.³⁵

En 1948, Blas Roca³⁶ insistía en que, si en 1926 Mella se había planteado la necesidad de una interpretación desde las posiciones de la nueva generación de revolucionarios —los marxistas y leninistas—, veintidós años después, el libro que la muerte temprana le impidió escribir se hacía imprescindible, porque “Cuba necesita conocer a Martí, entender en toda su extensión la magnitud grandiosa de su lucha y de su obra, interpretar sus enseñanzas para que ayuden a las grandes aspiraciones liberadoras y progresistas de hoy” (Roca, B. 86, p. 10).

En un discurso pronunciado con motivo de un aniversario más del natalicio del Maestro, en 1948, Blas Roca retoma el tema de la interrelación entre la obra revolucionaria martiana y los comunistas cubanos aportando nuevos elementos en relación con el artículo de Mella, entre los que nos interesa resaltar los siguientes (ver: Roca, B. 86):

- En el contexto de la existencia, a todo lo largo de la historia de Cuba, de dos partidos —en el sentido de tendencias político-ideológicas— en contraposición antagónica: el partido del progreso y de la revolución, y el partido del conservadurismo y la contrarrevolución, el PRC y el PCC, fundados por Martí y Mella respectivamente, en dos momentos diferentes de la historia de Cuba, han estado en la misma línea, la del progreso social; por ello, los comunistas cubanos son continuadores de la obra de redención política y social iniciada por Céspedes y Agramonte y elevada por Martí a planos más avanzados a fines del siglo XIX.
- Las diferencias y las similitudes entre la revolución de Yara y la que Martí encabeza, en lo que se refiere a los objetivos socioeconómicos y las fuerzas motrices y directrices de ambos procesos, son las existentes entre una revolución nacional-liberadora, anticolonial, antianexionista y antiesclavista, de objetivos y fines burgueses, encabezada por las capas más radicales de los hacendados cubanos, y una revolución nacional-liberadora y anticolonial también, pero cuya problemática social cambia como consecuencia de la abolición de la esclavitud y el surgimiento de la clase obrera, factores que devienen condicionantes de la lucha y de cambios en la estructura de clases de las fuerzas revolucionarias, cuya dirección pasa a las capas medias de la burguesía y a la pequeña burguesía, al mismo tiempo que la clase obrera naciente desempeña un papel mucho más importante.
- El antianexionismo del 68 se transforma en antiimperialismo en el 95, consecuentemente vinculado a los cambios en las posiciones internas y externas de los Estados Unidos, gracias al pensamiento martiano.
- Neocolonizada Cuba por el imperialismo norteamericano, luego de la intervención norteamericana en la guerra contra España, que dejara como secuela la Enmienda Platt,

“...(...) la lucha que sigue teniendo como objetivo básico la completa liberación nacional, es ya diferente, en sus fundamentos y en sus

medios, porque se desplaza su dirección de clase, porque el problema obrero viene, con la república, a ocupar el primer puesto. La dirección de la lucha por la liberación nacional, que de las manos de la burguesía media y los ricos propietarios (1868), pasó a las de la burguesía media y pequeña (1895), está yendo ahora a las del proletariado, como principal fuerza de la sociedad actual, representativa del progreso y de lo nuevo en el presente” (Roca, B. 86, p. 12).

Consecuentemente con este proceso evolutivo, Blas Roca destaca la significación de Martí en el proceso revolucionario cubano:

“Dadas las condiciones objetivas prevalecientes en Cuba hasta 1895, no hay tarea más importante, más radical que la de alcanzar la completa independencia nacional; derrotando la dominación española, y guardando a la república naciente de los propósitos absorcionistas y colonizadores del imperialismo norteamericano.

Martí fue el jefe [...] el guía, el organizador del Partido extremo de la Revolución 1895 [...] De ahí deriva precisamente la grandeza de Martí, su influjo poderoso entre las masas su actualidad cubana y americana [...]

Martí es el revolucionario de la época que le tocó vivir y conducir” (Roca, B. 86, p. 12).

Entre los aspectos que según Blas Roca determinan la vigencia de las ideaciones martianas más radicales en la república neocolonial, habría que destacar los siguientes: la crítica demoleadora al enemigo principal —el imperialismo— y a los integrantes del partido de la reacción —reformistas y anexionistas— como elemento esencial de su táctica revolucionaria; la tenaz oposición a la discriminación racial; los vínculos establecidos por Martí entre la lucha por la liberación nacional, el latinoamericanismo y la solidaridad internacionalista también con el resto de los pueblos oprimidos del mundo, a partir del lugar y el papel que asignaba a la independencia de Cuba en el logro de un equilibrio internacional que sirviera de barrera a los afanes expansionistas del imperialismo norteamericano.

Se proponía Blas Roca poner en evidencia que el nacionalismo revolucionario no estuvo reñido en Martí con el internacionalismo, sino que se trataba, desde entonces, de dos posiciones íntimamente relacionadas en las tradiciones revolucionarias cubanas. Con el objetivo de demostrar que eran los comunistas cubanos continuadores fieles del legado martiano, Blas Roca resume los elementos de esa continuidad —de esa articulación, diríamos hoy— señalando, entre otros argumentos, las tareas que su temprana muerte y el cambio de las circunstancias históricas impidieron concluir: a) la conquista de la plena liberación nacional; b) el alerta del peligro imperialista y el señalamiento de este como el enemigo principal; c) la lucha por la unidad con la América Latina

y con el mundo, contra las guerras injustas y por la paz. Precisamente por ser continuadores de estas tareas históricas, cuyo cumplimiento exigía en el siglo XX la proyección socialista de la revolución nacional-liberadora, el partido de los comunistas, como el que fundara Martí para organizar la guerra necesaria, había sido perseguido y calumniado por las fuerzas reaccionarias.

El análisis de la articulación del marxismo, el leninismo y las tradiciones revolucionarias cubanas mediante en la síntesis radicalizadora martiana en la obra de Carlos Rafael Rodríguez (ver: Miranda, O. 132) nos ha permitido seguir casi paso a paso un fenómeno que en realidad ha sido y es un proceso ininterrumpido que, ~~como veremos al referirnos a Fidel Castro,~~ continúa desarrollándose en nuestros días, entre otras razones, porque Carlos Rafael Rodríguez ha escrito sobre Martí al menos en tres importantes momentos de su larga vida como revolucionario militante comunista (ver: Miranda, O. 132):

- En los inicios de los años treinta cuando, casi un adolescente, vela sus primeras armas tras los sucesos del 30 de septiembre de 1930, en que perdiera la vida Rafael Trejo.
- En 1953, cuando a propósito del centenario del natalicio del Maestro, la dictadura batistiana intentó buscar cierta legitimación y convocó a un evento internacional en torno a Martí, contra el que se pronunciaron las voces de muchos intelectuales progresistas y revolucionarios en Cuba y en la América Latina, coincidiendo con el desfile de las antorchas —acto con el que se dio a conocer la nueva fuerza revolucionaria convocada y dirigida por Fidel Castro.
- A partir del triunfo de la Revolución, cuando bajo la dirección de Fidel Castro, participaba plenamente en la construcción del socialismo, en una nación independiente y soberana, objetivos por los que había luchado toda su vida.

En los años de iniciación revolucionaria, las lecturas martianas de la infancia y la adolescencia —articuladas iluminadoramente con el marxismo y el leninismo— contribuyen sin duda en la decisión de subordinar, como en Martí, Villena y Marinello, la vocación literaria —el oficio— a la misión revolucionaria; y junto a la evidente influencia estilística, aparece el interés por encontrar en el Martí líder de la revolución nacional-liberadora, la respuesta a las múltiples interrogantes que la situación de Cuba bajo la dictadura machadista, le planteaba. Por ello centra su atención como Mella, en el pensamiento maduro del Martí demócrata ~~y~~ antiimperialista, desde donde se proyectará a otros aspectos del ideario del Maestro: la cultura en general o la ética, según lo exijan las circunstancias, siguiendo un camino inverso al de Marinello, aunque en ambos el resultado final sería la comprensión del Martí total.

Consecuentemente con la misión revolucionaria libremente asumida, aparece en estos textos juveniles el problema de la vinculación de los

intelectuales, como parte del pueblo, con las luchas revolucionarias que se plasma en su Cienfuegos natal en la fundación del grupo “Ariel” —del cual Martí deviene mentor ideológico— y de dos revistas de efímera existencia: *Juventud y Segur*.

Con su ingreso en la Universidad de La Habana y en el Partido Comunista (1935) comienza una nueva etapa de vida de Carlos Rafael Rodríguez que, como en los casos de Blas Roca y Juan Marinello, estaría estrechamente vinculada a la historia de esta organización hasta su disolución en 1960, para incorporarse al proceso que conduciría a la creación del Partido Comunista de Cuba en 1965, en cuya fundación participa activamente, junto a Fabio Grobart, Blas Roca y Marinello, bajo la dirección de quien fuera considerado el único hombre capaz de guiar a los comunistas cubanos en la nueva etapa de la historia de Cuba que se abría con el triunfo de la Revolución Cubana en 1959: Fidel Castro.

En *José Martí, guía de su tiempo y anticipador del nuestro* se evidencia la madurez teórico-revolucionaria de Carlos Rafael Rodríguez. Como Mella y Blas Roca, en este ensayo está presente la problemática de la articulación del marxismo el leninismo y el ideario martiano en sus dimensiones lógicas e históricas. Es similar también el objetivo supremo: demostrar que el proyecto revolucionario y el modelo de sociedad que proponían los comunistas cubanos de entonces, eran la plasmación de los ideales nacional-liberadores y de justicia social para los humildes que Martí anhelaba, única forma posible a mediados de esa centuria.

En este ensayo de Carlos Rafael Rodríguez aparecen las respuestas a las interrogantes de Mella que apuntaban ya a los aspectos teórico-ideológicos de la articulación,³⁷ expuestas mediante una argumentación lógica, como fundamento de la continuidad histórica entre el PRC y el PCC —la articulación en la esfera de la política en sus dimensiones práctico-social-revolucionaria—, que Blas Roca había planteado en su discurso de 1948.

Entre los aspectos novedosos en *José Martí, guía de su tiempo y anticipador del nuestro* nos interesa destacar los siguientes:

- En el análisis de los rasgos que diferencian a la pequeña burguesía de los países subdesarrollados y dependientes —colonias y neocolonias— de esta capa social en las metrópolis imperialistas, se muestran elementos que hacen que determinados sectores en su interior —colonias y neocolonias— estén en condiciones de radicalizarse al punto de desempeñar un papel dirigente en los procesos nacional-liberadores, e incluso asumir como propios los objetivos, medios y fines del proletariado y en general de las masas explotadas, y tomar parte en la ulterior etapa socialista de la revolución, que es ineludible si se trata de preservar la independencia y la soberanía, y alcanzar un desarrollo sostenible en nuestros pueblos.

- La refutación a las pretensiones de convertir a Martí en un marxista y en un socialista, desde posiciones progresistas, pero arribando a conclusiones igualmente erróneas por antihistóricas a las de quienes pretendían negar sus extraordinarios méritos revolucionarios.
- La demostración en esta dirección, tanto de lo que separa a Martí de la visión de la problemática cubana de un líder proletario como de la visión de la clase obrera y el socialismo de un ideólogo burgués, situándolo en su verdadera dimensión histórica, como un dirigente revolucionario salido de la pequeña burguesía radical que, como tarea inmediata —la más revolucionaria de su momento histórico en Cuba y La América Latina—, debía encabezar un movimiento nacional-liberador anticolonial, antineocolonial y antiimperialista, que tuviera como colofón una sociedad verdaderamente democrática, de justicia social para los humildes, sin que pudiera entonces sobrepasar los límites históricos capitalistas, en una revolución que califica como democrática por la forma y burguesa por el contenido (ver: Miranda, O. 132 y 134).

En los textos específicamente dedicados al análisis de las ideas martianas, posteriores a 1959, especialmente en el ensayo *Martí contemporáneo y compañero* (1972), Carlos Rafael Rodríguez se refiere a tres temas esenciales: el ideal emancipador martiano, el marxismo y el leninismo en Fidel Castro, Martí: la revolución latinoamericana y el socialismo, y Martí, la identidad cultural nacional y de América Latina. Entre los aportes más significativos de Carlos Rafael Rodríguez para la comprensión del proceso de articulación de las tradiciones nacionales, el marxismo y el leninismo, habría que destacar los siguientes (ver: Miranda, O. 132 y 134):

- El mérito mayor de Fidel Castro radica en haber comprendido lo que Martí hubiera tenido que hacer en 1959 para llevar a cabo su proyecto revolucionario: “...(...)de ahí que si la Revolución de 1959 lleva al 26 de Julio hacia las vías del 7 de Noviembre, si el documento formidable que es *La historia me absolverá* desemboca inexorablemente en el ‘Manifiesto comunista’, también *La historia me absolverá* tiene como origen, como inicio, el ‘Manifiesto de Montecristi’ ”.
- El atisbo de la existencia en Martí de un método de conocimiento de la sociedad, pues, sin haber tenido el tiempo ni los instrumento que permitieron a Lenin describir con acuciosidad el fenómeno del imperialismo, Martí “...(...)tuvo la intuición maravillosa de artista y de político para descubrir los peligros que [...] entrañaba aquel poderío creciente [...] y que consideraba necesidad imperiosa contener” (Rodríguez, C. R. 89, p. 217).
- La insistencia en demostrar la interrelación dialéctica en Martí entre tradición y cultura planetaria, tanto en lo que concierne al patriotismo en el orden político-ideológico como a la apropiación de los avances

culturales de la humanidad en su conjunto, sin perder de vista la especificidad de los problemas en América Latina y la necesidad de buscarle soluciones creadoras.

Juan Marinello, el más importante crítico de la obra martiana en Cuba y en el continente,³⁸ como Villena, ve en Martí inicialmente al poeta, al ensayista, al hombre de exquisita sensibilidad, de acendrado humanismo. De aquí que la ética y la estética fueran el punto de partida de una intelección que lo condujo al pensamiento político y social por un camino inverso al seguido por Mella, Roa, Pablo de la Torriente Brau, Carlos Rafael Rodríguez o Blas Roca. De lo azaroso de este camino, sembrado de desgarramientos y renunciaciones, que lleva a Marinello, a asumir la ideología del proletariado e ingresar en el Partido Comunista, sin vacilaciones ni traiciones, hay más de un testimonio en su obra.³⁹ La constatación de tales desgarraduras hace mucho más evidente la posibilidad de acceder al marxismo y al leninismo desde las ideaciones martianas más radicales.⁴⁰

Se ha dicho con razón que uno de los grandes temas de los estudios martianos de Marinello versa sobre su vigencia histórica, y en ese contexto señalan tres aspectos esenciales: a) la relación entre Martí y el pensamiento marxista; b) el significado del pensamiento martiano para la república neocolonial; c) la presencia de ese pensamiento en la Revolución Cubana. Pero el gran tema en la obra martiana de Marinello es la búsqueda en el escritor a quien hoy se le reconoce una señera jerarquía latinoamericana y universal, la visión totalizadora de la obra escrita y práctico-revolucionaria, en cuyo proceso, devela precisamente el pensamiento político, como elemento determinante de esa excelencia artística literaria, en tanto núcleo estructurador de toda la obra y de su propia existencia.

Entre los aportes de Marinello al proceso articulador entre el pensamiento martiano y la ideología del proletariado —desde esta perspectiva integradora del Martí escritor y el Martí político— deben destacarse los siguientes: a) el método para llegar a la comprensión de Martí como totalidad; b) los atisbos acerca de los métodos martianos para conocer la sociedad de su época. Es precisamente el conocimiento del Martí escritor lo que pone en condiciones a Marinello —una vez que comienza el proceso de incorporación al movimiento revolucionario— de llegar a la comprensión de ese Martí como totalidad que las condiciones de la Cuba de los años cuarenta y cincuenta exigían. En medio de la ofensiva ideológico cultural imperialista —que se incrementa por esos años—, era imprescindible refutar los intentos de desvirtuar la imagen martiana, a través de la exaltación de la obra literaria desasida del contenido ideológico-político, especialmente en lo que se refiere al antiimperialismo, el antineocolonialismo, anticlericalismo, antirracismo y la identificación con los intereses de las masas humildes, o presentando sus ideas políticas y sociales como puros delirios, o acentuando elementos como sus

alusiones a sentimientos religiosos, vía por la cual se llega a considerarlo un santo, cuyo ejemplo era, por tanto, difícil de seguir, o portador de un pensamiento que no resultaba fruto de una certera indagación en la sociedad de su época, a través del adecuado uso de la razón, mediada por la experiencia práctico-revolucionaria.

La necesidad de unir a los intelectuales y artistas progresistas y revolucionarios entre, sí y con las fuerzas de avanzada del resto del pueblo, e incorporarlos a la lucha contra el imperialismo yanqui, exigía mostrar a Martí como ejemplo de intelectual capaz de poner su obra al servicio de la causa a la que estaba dispuesto a entregar la vida, y el hecho de que esa misma posición ha contribuido a que Martí sea considerado en el presente como un escritor de talla mundial en lengua española.

Uno de los principales aportes de Marinello a la interpretación marxista y leninista de la obra y la figura de Martí radica, a nuestro juicio en que, a diferencia de otros enfoques marxistas de sus contemporáneos, al partir de la perspectiva del creador literario, el gran ensayista accede a la obra martiana como totalidad, mediante el instrumental teórico-metodológico de la historia de la literatura y la crítica literaria, en lo esencial desde un enfoque dialéctico-materialista, pero despojado de tradicionales esquematismos, camino por el que demuestra que lo mejor de su obra desde el punto de vista literario, son precisamente los textos de la etapa de madurez de su ideario, que Marinello sitúa a partir de 1880, cuando Martí arriba a los Estados Unidos. Este enfoque tiene particular importancia para el desarrollo de una cultura verdaderamente latinoamericana: “En Martí se dan conjuntamente, no hay que olvidarlo, el artista de sensibilidad rica y varia, ansiosa y desolada y el revolucionario de conducta vigilante y austera, inseparable de su responsabilidad y función. Martí no es solo, además, el admirable líder de un movimiento libertador, sino el orientador de los rumbos culturales de veinte pueblos” (Marinello, J. 80, p. 130).

Entre los argumentos que esgrime para demostrar el carácter determinante de la misión revolucionaria en la excelencia del oficio literario, Marinello se refiere a varios elementos en lo concerniente a la totalidad de la obra martiana en cuyo contexto lo artístico-literario resulta imposible de deslindar de lo ideológico-político:

- El afán de elevar la cultura y en especial la literatura latinoamericana a un plano universal sin perder sus raíces, sobre la base del contacto con literaturas procedentes de diversos confines: francesa, inglesa, la española inclusive en sus mejores exponentes de todas las épocas y de lo popular; todo asumido desde una especial capacidad de asimilación creadora y original, como paso necesario para romper la dependencia con la fuente primigenia procedente de los colonizadores, expresión concreta del presupuesto martiano en torno a la conformación de la identidad cultural por medio de la apertura hacia la cultura universal, partiendo siempre de las raíces propias.

- La constatación en Martí de la contradicción entre la necesidad de creación del artista y de comunicación del guía de pueblos, que se mantiene a lo largo de toda su obra y en la que al final vence siempre el líder revolucionario, condición que da a su obra de madurez los valores literarios más altos (ver: Marinello, J. 80).
- La concepción de la obra martiana en su evolución interna como corresponde a la constatación de que el Maestro no es sólo un creador, sino que, además, resultó creación de sus propias circunstancias histórico-culturales, por lo cual no es válido presentar aforismos como verdades pensadas, sin constatar cómo, dónde y cuándo las escribió o dijo.

Esto nos lleva al segundo de los aportes de Marinello, a la comprensión del proceso de articulación del pensamiento martiano y la ideología del proletariado: la cuestión del método para la cabal comprensión del pensamiento martiano en su evolución interna, demostrando lo limitado que resultaría cualquier intento de analizar la obra literaria martiana si no se parte de la aprehensión como totalidad en la cual el artista y el político forman un solo hombre; por ello, su ubicación en los marcos de la producción artístico-literaria, ni puede hacerse a partir de las clasificaciones al uso, ni tiene sentido fuera de los marcos del lugar que ocupa en la historia real como pensador y líder revolucionario (ver: Marinello, J. 79). Desde este presupuesto general, para Marinello:

- El estudioso de la obra martiana deberá tener en cuenta para acometer su tarea, entre otras, las siguientes pautas metodológicas: la objetividad en el análisis es un elemento esencial: Martí no puede ser visto ni como un “confesional”, ni como un marxista, no es posible estudiarlo enfrentándolo a realidades posteriores a las que integraron su personalidad y provocaron su acción, pero del mismo modo se equivoca quien pretenda concebirlo al margen de la realidad presente.
- Martí es un hombre de transición que actúa en una coyuntura especialmente compleja, la del tránsito del colonialismo al neocolonialismo imperialista, en la cual aparecen destellos de un mundo diferente.
- Fue un servidor de la liberación latinoamericana como pensador, líder político, artista y como organizador y soldado de la guerra necesaria, cumpliendo todas las exigencias de su momento histórico.
- Debe ser visto como expresión genuina de lo cubano. No es posible ver lo cubano como un hecho separado del mundo. “)...)Martí será la expresión de la Cuba que ha de ser en el futuro---(...)” (Marinello, J. 79, p. 64).
- No se puede analizar la obra martiana negando que el logro de un gran artista es posible sólo por la vía de lo nacional, no de espaldas a lo nacional (ver: Marinello, J. 79).

- No se explica “(...)que quien muestra su identificación con Martí por su condición suprema de libertador de su tierra, no se sitúe ahora en el campo de los que, bajo su advertencia concreta, deban completar su obra libertadora” (Marinello, J. 79, pp. 81 y 82).
- No hay que exigir calidad martiana al que recuerde al Maestro, pero sí hay que pedir a quien lo nombre que mire hacia el pueblo, definiendo e indagando las maneras mejores de servirlo.

Esta búsqueda del escritor y el revolucionario en estrecha interconexión le permitió a Marinello atisbar algunos de los elementos del método martiano de interpretación de la realidad, aun cuando, como el resto de los marxistas y leninistas que indagaron en las ideas del Maestro por entonces, no alcanzara a descubrir la existencia de ese método perfectamente estructurado y menos aun a caracterizarlo. En este sentido, señala, por ejemplo, que Martí atesoró en su corta vida una gran suma de lecturas y noticias, sin complementarlas y contrastarlas con precisión erudita; pero deja como lección: su sed de conocimiento, el recio deber de estar al día y de penetrar con mano propia en todos los campos, de sentirse parte responsable de la humanidad que investiga, su espíritu de aprender en los libros y en la vida con el sabio y con el que no sabe, la anchura de mente que en todo busca y halla novedad y aportes sin renunciar al ejercicio libre del juicio propio.

Considera Marinello que la vigencia política de Martí le viene de haber calado hondo en el fenómeno imperialista: “...(...)no puede pedirse a Martí [...] que calibre con exactitud materialista la integración de un hecho económico en cuya órbita se movía [...] Lo singular está en que sin definir los factores concretos que le dan origen [...] advierte [...] que una gran mutación negativa se está realizando a su vera” (Marinello, J. 79, p. 109).

Marinello insiste en la existencia en Martí de una cierta visión dialéctica, hija más bien de su práctica revolucionaria que de una elaboración teórica (ver: Marinello, J. 79). Señala, además, que la esencia política del pensamiento martiano y la fidelidad a las múltiples exigencias del quehacer histórico, en un hombre que fue esencialmente un político, originan el hecho de que alcance “...(...)un sentido dialéctico de lo político que no está asentado en una convicción filosófica, sino en una aguda comprensión de los acontecimientos” (F. Retamar, R. 107, p. 27). Se afana Marinello en destacar, además, la virtud capital martiana de meterse “...en lo más hondo de la realidad que hay que cambiar en bien de los hombres, pero sin que ello hiera un sentido dialéctico y desembarazado que entiende la obra revolucionaria como una tarea sin final que en cada tiempo tiene su porción de deber, pero que se traiciona cuando se pretende ver en esa porción el deber futuro” (Marinello, J. 79, p. 117).

Los trabajos de Marinello sobre Martí después de 1959, sin abandonar la temática sobre Martí como totalidad, versan, además, sobre la actualidad del pensamiento político martiano en sus nexos con la

revolución triunfante. En este sentido, plantea que: “La verdad política de hoy no es la de Martí —aunque en mucha medida sea vigente su previsión cubana—, pero sigue siendo verdad plenísima su manera de buscar la verdad política” (Marinello, J. 79, p. 67, subrayado de O. M.). Cree Marinello que la constante preocupación martiana por el hombre y su destino, volcada sobre lo de ahora, es la vía para una imitación leal:

“Lo que importa no es traer a Martí a nuestro tiempo [...] que no es el suyo, aunque en mucho ande en su palabra; lo que interesa es que otorguemos permanencia a una postura profundamente martiana: la de pelearse con lo de hoy, que está vivo y actuante y no con lo de ayer que está muerto y enterrado. No se concibe el martismo sino como indagación actualísima, como reacción generosa, afilada y pronta contra lo que retarda la total justicia” (Marinello, J. 79, p. 68, subrayado de O. M.).

Marinello había comprendido desde los días de lucha contra la dictadura batistiana que iniciara Fidel Castro, que en el proyecto fidelista se plasmaban, en nuevas condiciones históricas, las ideas del Maestro, y sintió como un deber ineludible con su pueblo y consigo mismo, ocuparse de refutar a quienes, dentro y fuera del país, intentaron oponerle a la obra de profundas transformaciones políticas, sociales y económicas que por primera vez se emprendía en Cuba. Se dio entonces a la tarea de analizar exhaustivamente cada una de las acciones revolucionarias a la luz de las ideas martianas, demostrando que la proyección socialista de la revolución era la única vía de ser fiel al legado del Maestro en las condiciones histórico-concretas de mediados de siglo XX —en la misma línea argumental de la cual Fidel Castro devino excepcional exponente.

Para Juan Marinello no pasó inadvertido que la interrelación de las ideas martianas y la ideología marxista y leninista en la que se fundamentaba la nueva etapa de las luchas nacional-liberadoras del pueblo cuando, desde los días de la histórica autodefensa de Fidel Castro en el juicio por los sucesos del Moncada, tenía como fundamentos principales, dos elementos reiterados hasta la saciedad en sus estudios martianos precedentes: a) la condición esencial del Maestro quien, por haber sido hombre de su tiempo, lo era también del nuestro, razón por la cual sus predicciones sobre el futuro de Cuba mantenían plena vigencia, aun sin haberse sustentado en un enfoque marxista de la sociedad, gracias a su visión dialéctica de la política y mediante la práctica revolucionaria; b) el profundo cambio de las condiciones históricas originado por el desarrollo del imperialismo y del neocolonialismo.

En 1961, escribía Marinello:

“La Revolución presente se anuncia y perfila en la prédica martiana, aunque realidades distintas y una nueva situación internacional de nuevos lineamientos la conduzcan a tareas más hondas y

trascendentales. El movimiento libertador encabezado por Fidel Castro es la más exacta proyección de los objetivos martienses en los días de la victoria del socialismo. Batalló sin cansancio nuestro grande hombre contra la obra del imperialismo y dejó dicho a los cubanos que en continuar esa batalla estaba su deber político” (Marinello, J. 79, p. 193).

Por ello, para Marinello, las esenciales ideaciones políticas martianas no entran en contradicción con la ideología del proletariado, ni con el proyecto socialista en ella fundamentado. El recuento de algunas de las posturas esenciales de la Revolución ante los problemas más candentes de la realidad cubana y latinoamericana, a la luz de las ideaciones más radicales del Maestro, lleva a Marinello a afirmar que

“Una rápida incursión por el pensamiento martiano ha sido bastante para convencernos de la articulación y consecuencias entre sus postulados y propósitos y los que impulsan la gran revolución que Cuba desarrolla. El ideario martiano es, como se ha visto, el más avanzado de su tiempo americano, y, por ello posee influencia singular en las actuales luchas de su pueblo” (Marinello, J. 79, p. 222).

Acertadamente Marinello incluye entre estos elementos, no sólo el proyecto revolucionario y el ideal de república propugnados por Martí, sino además, sus postulados teóricos generales. Entre estos últimos destaca que fue el propio Martí quien “...(...)advirtió reiteradamente, con profundo sentido dialéctico, que cada época traía sus problemas y gestaba las soluciones oportunas [...]”; califica de antimartiano “...(...)tratar de aplicar sus fórmulas concretas a una situación nacional y universal a mucha distancia de las que Martí conoció y enjuició[...]”, y también sostener “...(...)que la gran revolución que vive su país no tiene comunicación fecundante con su ideario político, social y económico...” (Marinello, J. 79, pp. 199 y 200).

El método martiano y la concepción materialista de la historia en el análisis de la sociedad

La conversión del imperialismo norteamericano y el neocolonialismo en sistema de dominación mundial y la consumación de su primer experimento en América Latina, pusieron en evidencia la esencia económica de la nueva forma de dominación. Lo alcanzado por Martí en el análisis de este fenómeno en sus inicios, constituyó el punto de partida de la penetración en las esencias últimas de este proceso, y preparó a los revolucionarios cubanos para la comprensión de las concepciones de Marx en torno al capitalismo, y de Lenin sobre su nueva fase. No es posible

obviar la labor de Baliño en la difusión de enfoques avanzados del imperialismo mediante la traducción prologada de obras como *El imperio americano*, de Scott Nearing, que brindaron una importante contribución a la difusión del nuevo análisis de lo que ya a principios del siglo XX era la consumación de las geniales predicciones martianas.

Ante los fundadores del marxismo y el leninismo en Cuba y en la América Latina en general, se puso en evidencia la ineludible necesidad de interpretar la realidad social partiendo de las tesis fundamentales de la concepción materialista de la historia, como requisito para la elaboración del proyecto revolucionario y de un modelo de república que —aun cuando se retomaran, en ambos casos, de Martí sus aspectos más avanzados— como objetivo último condujeran al socialismo.

No bastaba que los líderes revolucionarios comprendieran esta realidad —lo que en sí mismo constituyó un proceso—; era necesario convencer a las clases y sectores sociales integrantes de las masas populares —que necesariamente devendrían sujeto de la revolución en el siglo XX— de la justeza de semejante replanteo de la teoría revolucionaria, incluso si de seguir el espíritu martiano se trataba.

A Julio Antonio Mella se deben, una vez más, las primeras formulaciones de esta nueva interpretación de la realidad social de Cuba y del continente. En “Cuba, un país que jamás ha sido libre” (1925), por ejemplo, se evidencia la aplicación, entre otros presupuestos de la concepción materialista de la historia, de la tesis marxista del carácter determinante, sólo en última instancia, del factor económico en una de sus primeras aplicaciones, en la demostración de que constituye una ingenuidad creer que en países como Cuba puedan existir repúblicas verdaderamente libres y soberanas, entre otras razones, porque la intervención norteamericana del 98 y la Enmienda Platt, se imponen, con el objetivo de dar garantías a la propiedad, por ejemplo, de las dos terceras partes de la producción azucarera.

Siguiendo el legado martiano y coincidiendo incluso con Félix Varela (ver: Varela, F. **159**), x Mella asegura que “...(...)un pueblo, enseña la historia y la realidad actual, sin independencia económica es un servidor, muchas veces, de quien depende para el sustento de sus habitantes” (Mella, J. A. **82**, p. 176).x La certeza de este principio quedaba demostrada según el autor, aun si se recurría a la ciencia burguesa. Como Martí, Mella sabe que no es esta una situación propia solamente de Cuba o la América Latina. A nivel planetario, asegura, todo pueblo no industrializado depende económica y políticamente de una nación industrializada en la era del imperialismo. También coincidiendo con Martí, Mella insiste en que esta dependencia está relacionada con las infrahumanas condiciones de vida de los trabajadores; pero, avanzando mucho más en el develamiento de las raíces últimas de este fenómeno, gracias a la concepción materialista de la historia, parte del carácter regular de estos procesos, y conoce que su origen último está en las

relaciones de propiedad capitalistas, no sólo de la tierra o de servicios públicos, sino de los medios fundamentales de producción. De ahí la nueva relación que establece entre revolución política y social en la significación martiana de estos conceptos.

En la Cuba de los años veinte, la revolución social no podía ser vista sólo como una opción si la república de equilibrio interno interclasista no resultaba posible, sino como una ineludible necesidad histórica. Se hacía evidente ya por entonces, que el dominio neocolonial norteamericano en Cuba, esencialmente económico, financiero, vinculaba la independencia con la lucha contra toda forma de explotación del hombre por el hombre y exigía la continuidad socialista de la revolución independentista.

La contradicción principal, que vislumbrara Martí como posible para el futuro de Cuba y América Latina, era la existente entre imperialismo y neocolonia. Pero, además, la composición clasista de ese pueblo si de revolución se trataba, había variado considerablemente en relación con el siglo XIX. Las masas populares no podían incluir a los receptores de plusvalía, sobre todo en la etapa socialista, aunque en la etapa nacional-liberadora, fuera posible establecer alianzas coyunturales con elementos de determinados sectores de la burguesía. No obstante, la fuerza directriz de ambos procesos tenía que ser la clase obrera, no porque fuese la más miserable, sino por el lugar que ocupa en la producción, que la convierte en antagonista de la burguesía, sin ignorar la alianza con el campesinado medio y pobre, los sectores radicales de la pequeña burguesía, los estudiantes, los desocupados, y los intelectuales, etcétera. Por ello, en oposición a los que querían presentar la Revolución de Octubre como un hecho aislado, propio de otras latitudes, insiste en que

“Luchar por la revolución social en la América, no es una utopía de locos o fanáticos, es luchar por el próximo paso del avance de la historia.

La revolución social es un hecho fatal e histórico, independiente de la voluntad de los visionarios propagandistas. No se provoca el desbordamiento de los ríos por voluntad de los hombres... Así los hombres de la América, como los de Europa, no pueden soportar la sociedad capitalista que decidió suicidarse, según la feliz expresión de Ingenieros...” (Mella, J. A. 82, pp. 182 y 183).

En “¿Qué es el ARPA?”* (1928) Mella completa sus ideas en torno a la aplicación creadora de la concepción materialista de la historia en cuanto a la comprensión y transformación de la realidad latinoamericana, tomando en cuenta las tesis leninistas sobre las nacionalidades, presentadas en el II Congreso de la Internacional y la obra *Imperialismo, fase superior del capitalismo*, para desenmascarar las posiciones

* Mella aclara que en ocasiones se invierten los términos Revolucionaria y Popular y aparece la sigla APRA. Es esta última la que ha prevalecido hasta hoy.

reaccionarias antimarxistas y anticomunistas pequeño-burguesas del inexistente Partido Continental en que Haya de la Torre pretendía haber convertido a la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA) paralelamente a la polémica que entre este y Mariátegui se venía desarrollando en el Perú (ver: Mella, J. A. 82).

Mella vuelve a insistir en la interrelación de la revolución política y social en América Latina valiéndose para ello esencialmente de la teoría de la lucha de clases, y de su aplicación creadora por Lenin al análisis de la sociedad rusa y a la crítica de las posiciones populistas. Entre las ideas mellistas de mayor significación pueden señalarse las siguientes (ver: Mella, J. A. 82):

- El frente único para los marxistas no admite ser planteado en abstracto; aun en los países “semicoloniales”, la burguesía democrática suele presentar el problema de la igualdad jurídica entre los explotados y sus explotadores; pero es necesario que aparezca el principio de la hegemonía del proletariado en la lucha social y la implantación de su dictadura de clase.
- El imperialismo, devenido sistema universal, presenta los mismos rasgos generales en todos los continentes, porque el capitalismo hace que los pueblos se asemejen al liquidar los rasgos feudales, las diferencias son de detalles tácticos y de oportunidad histórica.
- Para probar que los partidos comunistas y sus luchas son exóticos en la América Latina, hay que demostrar que no existe el proletariado, que no hay clase obrera, que las fuerzas productivas son distintas aquí
- Los comunistas deben apoyar al movimiento nacional-liberador democrático-burgués a condición de que sea revolucionario, sin renunciar a la preparación ideológica de los futuros miembros del partido proletario, para la comprensión de sus tareas propias. Son posibles las alianzas temporales con la burguesía democrática sin fusiones, manteniendo la independencia del proletariado.
- El carácter vacilante de la pequeña burguesía y las burguesías nacionales, hace que en los países dependientes se conviertan en servidores del imperialismo, toda vez que a este no le resulta imprescindible la ocupación militar de los territorios, pues, por el carácter económico-financiero de su dominación, no necesita liquidar a todos los propietarios nativos, sino convertirlos en sus servidores a cambio de la entrega de las propiedades que le interesan.

Para Mella, sin negar que los trabajadores intelectuales sean también explotados, como conjunto no pueden ser considerados como parte principal de la base de la lucha marxista y comunista en las mismas condiciones de fuerza directriz de la revolución de los obreros manuales, por su tendencia a la alianza con los imperialistas. Considera que por cada intelectual revolucionario, hay miles de reaccionarios y fosilizados. Los

estudiantes, el sector más radical, cambian sus posiciones, en la mayoría de los casos, cuando se inicia la lucha por el pan burgués. La revolución no es tampoco un problema de glándulas y canas, sino de clases. De aquí la necesidad de vincular a los intelectuales con los obreros —también para Martí esto era necesario— para que, al mismo tiempo que contribuyen a elevar el nivel cultural del proletariado, que ha de ser culto para desempeñar su función directriz, asuman como propios los intereses, objetivos y fines de la clase obrera y sus aliados.

En esta misma línea de análisis, Mella enjuicia el aprismo a la luz de los planteamientos leninista en torno a los populistas rusos,⁴¹ basándose en las similitudes entre la situación social rusa y la de los pueblos latinoamericanos. En este sentido les critica la postura regresiva de glorificación de las relaciones pequeño-burguesas y campesinas, del régimen campesino incaico que consideran fundamento de la revolución, y se presentan como nuevos profetas bíblicos capaces de empujar la historia en la dirección que les place. Convoca a la izquierda a plantear claramente si se está con el APRA, o si consideran aplicable el comunismo leninista en la América Latina. Afirma que la historia de este continente ha confirmado plenamente los principios generales marxistas y leninistas de la revolución socialista: el proletariado nace en América Latina por una necesidad histórica; sus luchas son similares a las de los obreros europeos; los trabajadores son los más activos antiimperialistas del continente; la pequeña burguesía en la América Latina no es más fiel a la revolución que en China; por todo ello el proletariado ha constituido tempranamente sus partidos comunistas.

Concluye finalmente que si el APRA es marxista, por qué intenta convertirse en un partido continental, y si no lo es a qué viene sino a combatir al socialismo, al marxismo y al comunismo. Si se compara este artículo con “Glosas al pensamiento de José Martí”, es posible deducir que Mella había comprendido plenamente que en las ideas del Maestro, sin ser marxistas ni haberse planteado el socialismo como meta final, porque ello no era posible en su momento histórico (a diferencia de las posiciones pequeño-burguesas de los pseudoizquierdistas que, tratando de pasar por antiimperialistas, marxistas y socialistas, le hacían el juego a las fuerzas internas partidarias del neocolonialismo como el ARPA), estaban los fundamentos de la revolución nacional-liberadora latinoamericana concebida de forma tan avanzada para su tiempo, que las ideaciones más radicales martianas constituyeron puentes que podían conducir, al marxismo, al leninismo y al socialismo.

No sólo el antiimperialismo radical martiano era uno de esos puentes. Aunque Mella no lo formulara explícitamente, es posible inferir que, en las simpatías martianas por el proletariado, en la comprensión de la justeza de los objetivos de sus luchas sociales, en la crítica a las condiciones de vida del proletariado en los países desarrollados, en su interés porque asumieran un papel protagónico en la lucha por la independencia y por convencerlos de lo erróneo del apoliticismo reformista

y ácrata, en la afirmación martiana de que la revolución era la que había que hacer en la república —ideas que debieron llegar a Mella no sólo por la lectura de los textos martianos, sino además, por mediación de Baliño—, estaban los antecedentes sobre todo, de dos principios claves de la concepción materialista de la historia: a) el carácter determinante, sólo en última instancia, del factor económico en el desarrollo social; b) la lucha de clases como motor de la historia —tesis marxistas que Martí no llega a conocer— pero que resultaban imprescindibles en lo que concierne a la asunción de un método científico de análisis de la sociedad y su devenir en el siglo xx.

En la conocida polémica con Mañach en 1931, sobre la posibilidad de una elite intelectual revolucionaria al margen de la lucha de clases, Raúl Roa García, desde un enfoque marxista y leninista,⁴² influido sin duda por Mariátegui y siguiendo las ideaciones centrales mellistas —luego de un sintético análisis las ideas revolucionarias cubanas. en su enfrentamiento a las corrientes reaccionarias, y de la historia de la lucha nacional-liberadora—, refuta sus posiciones reformistas y pro-imperialistas demostrando que la única salida para Cuba en los días de la dictadura machadista era la revolución agraria y antiimperialista que abriera el camino hacia la fase socialista, proceso que necesariamente tenía que encabezar el proletariado, ante la posición de entrega a los intereses norteamericanos de la burguesía, incapaz de llevar a vías de hecho una revolución democrático-burguesa.

Los fundamentos del socialismo en Cuba constituyó en su momento —1943—⁴³ la culminación de todo un proceso de análisis de la sociedad cubana que venían realizando los marxistas y leninistas desde Mella y Villena. Destinado dar una fundamentación histórico-lógica e ideológico-científica al programa del Partido Unión Revolucionaria Comunista —nombre que había asumido en 1939 el Partido Comunista de Cuba, fundado por Mella y Baliño— en una cita de Lenin extraída del artículo “Sobre el derecho de las naciones a la autodeterminación” (Lenin, V. I. 114, p. 111) se resume de forma precisa la concepción general del ensayo:

“La teoría marxista exige, de un modo absoluto, que para analizar cualquier problema social, se le encuadre dentro de un marco histórico ‘determinado’, y después, si se trata de un sólo país [...] que se tengan en cuenta las particularidades que distinguen a este país de los demás dentro del marco de una misma época histórica” (Roca, B. 87, p. 7).

Blas Roca aplica consecuentemente este presupuesto leninista. No presenta en su libro un conjunto de definiciones generales extraídas de los textos de los clásicos, sino que, partiendo de los presupuestos esenciales de la concepción materialista de la historia, por medio del estudio comparado entre los países desarrollados —metrópolis imperialistas— y los que denomina poco desarrollados —colonias y semicolonias—, y

teniendo en cuenta la situación internacional generada por la guerra contra el fascismo y sus repercusiones en Cuba, va analizando a través del aparato conceptual de la política en sus nexos con la economía, cada uno de los aspectos fundamentales de la realidad social en sus especificidades nacionales.

Se trata de recursos similares a los que, en opinión de Martí, eran los más eficaces para combatir a quienes pretendían opinar sobre asuntos sociohistóricos, sin indagar previamente en lo que intentaban enjuiciar. Porque —a juicio del Maestro—no se opina con la fantasía, sino con la verdad hirviente en las manos. El único partidismo posible en los estudios históricos era, para Martí como para los clásicos del marxismo y sus fundadores en Cuba, el apego a la verdad. Este método expositivo de las concepciones marxistas no es ajeno a la repercusión de este folleto, reeditado decenas veces. Incluso después del triunfo de la Revolución en 1959. Entre los aspectos novedosos que Blas Roca incorpora a este enfoque, se destaca el acercamiento a la evolución histórica del país desde la teoría de las formaciones económico-sociales del marxismo, lo que significó un momento superador de las concepciones martianas e torno al progreso y a las épocas históricas, si bien no resultaban antagónicamente contradictorias, entre otras razones por la oposición martiana a las interpretaciones de derecha de las concepciones hegelianas sobre estos conceptos (ver: Miranda, O. 136).

Se expresa también en este ensayo, el esfuerzo por sistematizar los aportes que cada uno de los marxistas que le antecedieron habían hecho, desde un enfoque lógico histórico que, sin hacer concesiones teórico-metodológicas, permitiera hacer comprender a los militantes del Partido y a las masas populares que debían convertirse en sujetos de la revolución nacional-liberadora inconclusa y de su ulterior proyección socialista, especialmente a la clase obrera como fuerza directriz fundamental, que el socialismo en Cuba era una necesidad histórica, cuyas leyes la voluntad humana no podía torcer, pero cuya plasmación histórico-concreta requería de la acción consciente de los sectores y clases sociales cuyos intereses marchaban en la línea siempre ascendente del progreso humano.

Demostraba Blas Roca que el socialismo en Cuba estaba llamado también a suceder al capitalismo dependiente y subdesarrollado, consecuencia sujeta a leyes del neocolonialismo imperialista (a diferencia de la idea martiana que lo hacía depender de una forma anómala y regresiva del progreso —desarrollo— histórico), del mismo modo que la esclavitud había sucedido al primitivo comunismo indígena tras la conquista y colonización, y las relaciones capitalistas habían hecho obsoletas la esclavitud y habían subordinado los rezagos feudales urgidos por la dominación colonial, a los intereses imperialistas.

A partir de este enfoque inicial, Blas Roca analiza los siguientes aspectos de la sociedad cubana: dependencia económica, las características del capitalismo, las clases sociales y sus luchas, la explotación de los campesinos y la discriminación de los negros, el Estado

en sus peculiaridades histórico-concretas en la Cuba de entonces, partiendo de las concepciones teórico-metodológicas marxistas y tomando muy en cuenta los aportes leninistas.

Al referirse a la dependencia económica, Blas Roca establece las diferencias entre el capitalismo y su fase superior imperialista, entre metrópoli y neocolonias, y entre las formas y los tipos de Estado, destacando las especificidades de las posiciones de las distintas clases en lo que denomina países poco desarrollados (subdesarrollados) frente al imperialismo.

De este modo deja perfectamente esclarecido el contenido del concepto de subdesarrollo, entre cuyos rasgos señala los siguientes: carencia de industrias fundamentales y aun de industrias ligeras desarrolladas; agricultura atrasada, sujeta al sistema semifeudal del latifundio improductivo; la producción y las riquezas naturales más importantes en manos de los monopolios extranjeros que extraen grandes ganancias de las inversiones realizadas en empresas básicas como la industria azucarera, los servicios de comunicaciones, transporte y energéticos, en el subsuelo y en las mejores tierras; el control por parte de las compañías de seguros y los bancos, de toda la actividad económica mediante créditos, y concluye que “Por su propio carácter, este control de la economía nacional por los capitalistas extranjeros se opone al desarrollo del país, obstaculiza la diversificación de la agricultura y el desenvolvimiento de las posibilidades industriales” (Roca, B. 87, p. 27). Por ello, es el causante del monocultivo y de la dependencia de un solo mercado, pero además, impide la creación de nuevas fuentes de empleo y origina el bajo estándar de vida de obreros y campesinos, etcétera.

Constituyó sin duda un aporte en su momento, el análisis que hace Blas Roca de las posiciones de clases de la sociedad cubana, ante la dominación imperialista —sin aplicar mecánicamente lo planteado por Marx y Engels en el *Manifiesto del Partido Comunista*, cuando todavía no se vislumbraba el tránsito del capitalismo a su fase superior y partiendo esencialmente de la sociedad capitalista desarrollada que sirviera de objeto a sus iniciales estudios sobre el sistema—, retomando los aportes leninistas en torno a esta problemática en los países dependientes, una vez estructurado el sistema neocolonial imperialista. De este modo quedan atrás las erróneas conclusiones a las que había arribado el Partido en los días de la Revolución de 1933 —bajo la influencia de la tesis de clase contra clase adoptada por la Internacional, tan perjudicial a la necesaria unidad—, rectificadas por los comunistas cubanos en 1935. En esta dirección se destaca la nueva visión de las posibilidades revolucionarias de la pequeña burguesía, por la peculiar posición que ocupa en los países subdesarrollados, y el análisis de las contradicciones internas en el seno de las diferentes capas de la burguesía y entre estos sectores y el conjunto de la oligarquía pro-imperialista, que más tarde Carlos Rafael Rodríguez ampliaría en “El marxismo y la historia de Cuba”.

Blas Roca considera imprescindible que las masas populares conozcan la esencia del capitalismo como sistema y las leyes que rigen su surgimiento, desarrollo y caducidad, para poder comprender su fase superior y, por ende, la dominación neocolonial que le es inherente. La solución definitiva de los problemas del país no podía ser la que propugnaba el nacionalismo burgués, “...(...) como si en Cuba no hubiera capitalismo [sino] [...] de un lado, imperialistas extranjeros y, del otro, trabajadores, clase media y campesinos, como si todos los problemas de aquí se resolvieran cambiando la nacionalidad de los capitalistas” (Roca, B. 87, p. 34).

Era necesario establecer las diferencias entre el nacionalismo de los centro-imperialistas investidos de formas de gobierno dictatoriales o democráticas, pero siempre en su esencia explotadora burguesa, y el nacionalismo de los pueblos oprimidos; entre el uso demagógico del término socialista y socialismo y el socialismo marxista y leninista, dentro y fuera del país, en aras de ganar para las posiciones revolucionarias a aquellos honestamente antiimperialistas, que asumían las limitadas y erróneas posiciones antiimperialistas de la pequeña burguesía nacionalista-reformista capaz de ver de forma incompleta sólo “...(...) las desastrosas consecuencias del dominio extranjero de nuestra economía” (Roca, B. 87, p. 34).

Para ello se hacía imprescindible el estudio de la estructura de clases de la sociedad cubana en el contexto del capitalismo como sistema social —estableciendo las diferencias con los países desarrollados— con el objetivo, ahora, de mostrar las causas últimas de las contradicciones no antagónicas entre los diferentes sectores de las clases dominantes y la esencia irreconciliable de las contradicciones existentes entre esas clases dominantes y las masas populares; y, sobre todo, exponer las razones por las cuales era la clase obrera la que podía —no por las condiciones de vida como creía Martí, sino por el lugar que ocupa en el contexto de las relaciones de producción— devenir no sólo la más confiable en la lucha por la liberación nacional, sino, en el sentido leninista, la fuerza directriz de estos procesos que necesariamente exigían para su consolidación, la revolución social —clasista— también en los países subdesarrollados, en tanto que al liberarse a sí misma de la explotación, el proletariado liberaba, además, al resto de los sectores y clases sociales dominados en el seno de las masas populares. A ello se debe la insistencia de Blas Roca en el análisis particular de la situación del campesinado sometido a formas semif feudales de explotación y del problema de la discriminación racial, a los que se dedican dos capítulos independientes de este ensayo.

El estudio se completa, como sabemos, con el capítulo dedicado al Estado, su origen, estructura y funciones, en el cual, utilizando el método ya expuesto, se hace un recuento sintético de la historia de Cuba —en el que se aplican creadoramente las concepciones marxistas en torno a la relación base y superestructura— y se establecen los nexos sistémicos necesarios para una mejor comprensión de los geniales atisbos martianos

sobre los nexos entre cultura, política y revolución y entre historia y cultura —insertos de una forma u otra en los estudios realizados por Juan Marinello desde antes de la publicación del ensayo de Blas Roca—, y entre política y economía, esbozados antes por Villena y continuados por Carlos Rafael Rodríguez y otros intelectuales marxistas y leninistas.

Con el capítulo dedicado a las crisis del capitalismo, su esencia, y sobre todo su repercusión en los pueblos neocolonizados, concluye esta primera parte de la obra, y se inicia el desarrollo del programa político-social y económico del Partido Socialista Popular (Comunista), en la década del cuarenta del siglo XX).

Por todo lo expuesto hasta aquí, puede afirmarse que, además de síntesis sistematizadora de lo que hasta 1943 habían alcanzado los marxistas cubanos en el estudio de la sociedad cubana desde la concepción materialista de la historia, *Los fundamentos del socialismo* en Cuba devino punto de partida para avances ulteriores.

El método histórico-político martiano y la producción espiritual cubana en la primera mitad del siglo XX, a modo de conclusiones

Con la transformación de la contradicción principal del siglo XIX, colonia-metrópoli en imperialismo-neocolonia tras la frustración de la revolución nacional-liberadora, el pensamiento político y social siguió siendo en Cuba, como en la segunda mitad del siglo XIX, además del núcleo estructurador de la cultura nacional, el eje principal de la radicalización de las ideas, al ocupar un lugar preponderante en la producción espiritual, en relación con las ciencias sociales —excepción hecha de la historia— y con la filosofía.⁴⁴ Consecuentemente con ello, la relación hombre-mundo, como en época de Martí, fue analizada por el pensamiento revolucionario a partir de los nexos práctico-transformadores, desde cuya perspectiva se accede a los cognoscitivos y valorativos. Es por esta razón que los principales exponentes del pensamiento marxista y leninista son, como Martí, líderes políticos que en ocasiones subordinaron la inclinación inicial hacia la producción literaria, al cumplimiento del deber de pensar y hacer la revolución. La atención de los intelectuales progresistas y revolucionarios se dirigió preferentemente a las esferas de la historia, la política, la economía y la problemática socio-clasista.

Los puntales esenciales del método de conocimiento de la realidad social elaborado por Martí: la historia y la política (ver: Monal, I. 140) y sus mediaciones socioculturales —entendida la política en sus nexos con la economía y con la ética— continuaron siendo punto de partida para la evolución de las ideas y ejes del debate ideológico, mientras que la mayor

parte de la producción filosófica en sus contenidos cosmovisivos, epistemológicos y metodológicos, se vincularon, sobre todo, al ámbito académico, en el que predominaron el positivismo —como continuidad de los estudios filosóficos del siglo XIX— y las corrientes irracionistas y espiritualistas que irrumpen en la década del treinta, dirigidas contra el positivismo y sobre todo contra el marxismo. Ni el antiimperialismo de corte liberal y tono positivista en sus manifestaciones más radicales, ni mucho menos las corrientes irracionistas y espiritualistas posteriores, podían constituirse en vías para el desarrollo de las concepciones más avanzadas del pensamiento revolucionario de José Martí.

Como ha sido señalado, las diferencias entre el positivismo latinoamericano y el europeo tiene su origen, entre otras razones, en (ver: Monal, I. 138):

- La ausencia de una corriente materialista anterior debidamente desarrollada, dada la inmadurez de las contradicciones burguesía-proletariado en el ámbito del predominio político y económico de la oligarquía terrateniente, en las calificadas por Martí como “feudalizantes repúblicas latinoamericanas” (ver: Monal, I. 142), situación que no pudieron transformar las capas de la débil burguesía industrial no azucarera en el siglo XX —cuyos intereses eran opuestos al imperialismo—, entre otras razones por la penetración económica y sociocultural en general de los Estados Unidos, que desde Cuba se expandió hacia el continente “con esa fuerza más”, como lo previera Martí.
- En tales condiciones sociohistóricas e ideológicas, el positivismo sobre todo espenceriano en sus tendencias más radicales cercanas al materialismo de corte científico-natural, constituyó un paso de avance (al enfrentarse a los rezagos escolásticos, y del espiritualismo ecléctico cousiniano, al clericalismo a fines del siglo XIX y a las corrientes espiritualistas e irracionista que se generalizan en América Latina en el siglo XX) en tanto elemento de continuidad de las tendencias ilustradas en que se fundamentó el pensamiento liberal independentista latinoamericano, y el que precede a Martí en Cuba en el siglo XIX. La defensa del evolucionismo, la postergación de la religión con relación a las ciencias particulares —implícita en la teoría de los tres Estados, de Comte— o las inclinaciones hacia el materialismo científico-natural, parecían, no obstante, demasiado peligrosas para la oligarquía feudal dominante en un mundo que, como el latinoamericano, Cuba incluida, no había sido escenario del desarrollo de corrientes materialistas precedentes, a pesar de las limitaciones y vacilaciones teóricas de estas concepciones en aspectos esenciales como, por ejemplo, la evasión ante la respuesta a la problemática de la relación entre el mundo material y las ideas.

En Cuba, una vez establecida la república neocolonial, el positivismo sobre todo spenceriano continuó siendo la corriente filosófica predominante en las dos primeras décadas, asumida por profesores universitarios cuyas obras tenían una función esencialmente docente, o por estudiosos de las ciencias naturales vinculados a la Sociedad Antropológica, o por sociólogos, historiadores, críticos de arte y literatura, escritores, etcétera.⁴⁵

Exponentes de esta corriente manifestaron críticas al capitalismo como sistema, pero también, en no pocos casos, al socialismo y al marxismo. La llamada teoría de los factores fue la salida que dieron algunos cultivadores de la filosofía para eludir la abierta toma de partido en relación con las causas o motivaciones de la actuación del hombre en la sociedad, con la recurrente contraposición entre intereses económicos y valores o principios morales. Los temas relacionados con la reforma de los estudios y con la pedagogía ocuparon la atención de figuras de prestigio.

Fue en el ámbito de la política y de la historia donde el positivismo, en sus vínculos con el liberalismo de estas primeras décadas del siglo XX —superado ampliamente por Martí en su momento—, contribuyó a elaborar las ideas más progresistas dentro de la tendencia seguida por intelectuales y figuras políticas procedentes del campo independentista,⁴⁶ en muchos casos colaboradores directos de Martí, como Juan Gualberto Gómez, Manuel Sanguily y Enrique José Varona, entre otros.⁴⁷

Como hemos apuntado en otros estudios sobre esta temática, bajo la influencia del pensamiento martiano, aunque no siempre conocido en toda su profundidad y radicalismo por los exponentes de las concepciones liberales de corte positivistas que fueron sus colaboradores, el antianexionismo devino antinjerencismo y antiimperialismo, si bien el análisis de ese fenómeno no alcanzó ni mucho menos pudo superar la visión martiana.⁴⁸

De hecho coexistieron en la república neocolonial dos enfoques historiográficos antagónicamente contradictorios, que tuvieron como antecedentes más significativos a José Martí y Rafael Montoro, en lo que podría considerarse una vertiente progresista contestataria, el primero, frente a la versión oficial profundamente plattista del segundo. Los renovadores de los estudios históricos,⁴⁹ aunque enmarcados dentro del positivismo y el liberalismo, iniciaron, de una parte, cierto retorno a las ideas martianas sobre la historia en general y en particular sobre la historia de Cuba y de América Latina; y de otra, devinieron antecedentes de la nueva visión del devenir social cubano desde la concepción materialista de la historia, que desarrollarían Mella y Villena. Tanto los aciertos como las limitaciones teórico-metodológicas de la obra de estos historiadores fueron reconocidas y criticadas por los intelectuales marxistas cubanos, desde Mella y Villena, con quienes, de una forma u otra, algunos de estos historiadores, mantuvieron estrechas relaciones personales.

Entre los objetivos de los renovadores estuvieron: el rescate de las aristas más radicales del pensamiento político y social cubano, escamoteadas incluso en el caso de Martí por la historia oficial; el análisis desprejuiciado del origen y desarrollo multiétnico de la sociedad y los aportes de cada grupo a la identidad cultural y nacional; la demostración de que Cuba no debía su independencia a los Estados Unidos y el interés por situar en su justo lugar las posiciones de la Iglesia Católica como institución, en la historia de Cuba, en contra de las luchas del pueblo cubano por su liberación y por la emancipación humana.

No es casual que fueran Manuel Sanguily, Emilio Roig de Leuchsenring, Fernando Ortiz y Enrique José Varona figuras que de una u otra forma sirvieron de enlace entre Martí y Mella y Villena, dentro de la corriente antiimperialista de corte liberal y tono positivista, del mismo modo que lo sería Baliño entre los primeros exponentes del antiimperialismo de fundamentación marxista, vinculado a los intereses del proletariado.

Lo hasta aquí expuesto evidencia que las ciencias sociales particulares —a excepción hecha de la historia— así como la filosofía en sus proyecciones académicas, recibieron muy poca influencia marxista y leninista, y también ignoraron las ideaciones martianas más avanzadas, sobre todo en los primeros veinte años de república; entre otras razones porque, dada la ofensiva ideológico-cultural imperialista (una orientación contraria al positivismo, sobre todo a sus vertientes más conservadoras, al neotomismo y al conjunto de las corrientes irracionalistas y espiritualistas que comenzaron a penetrar en Cuba en la década del treinta del siglo XX), no hubieran tenido cabida por entonces cabida en el marco de la docencia.

Es sabido que estas últimas corrientes⁵⁰ penetraron en Cuba y en la América Latina en oposición no sólo al marxismo y al leninismo, sino, además, inicialmente enfrentadas a las concepciones positivistas, sobre todo en sus versiones más cercanas a una concepción científico-naturalista del mundo, o las vinculadas a posiciones progresistas nacionalistas y antiimperialistas en lo político y lo económico.

En el seno de la Sociedad Cubana de Filosofía (1946-1958), que agrupó a la mayoría de los exponentes del irracionalismo y el espiritualismo y también neotomistas, estuvo presente la reinterpretación de las concepciones filosóficas de esta época. Los primeros intentos de historiar la evolución de las ideas en el país, contó también con la participación de expositores de estas corrientes. El enfoque que en general ofrecen estos textos evidencia las limitaciones emanadas de la fundamentación teórico-metodológica de sus concepciones filosóficas y demuestra la imposibilidad de llegar a constatar la existencia del método histórico-político martiano y mucho menos de constituirse en sus continuadores, especialmente en lo que concierne a la evolución de las ideas que para Martí debían estudiarse inmersas en el contexto histórico de cada época y cada pueblo.

Entre estas limitaciones deben señalarse las siguientes: ignorancia o minimización de los nexos entre ideas políticas e intereses económicos y los intentos de refutar o tergiversar el presupuesto marxista sobre el carácter determinante, sólo en última instancia, de los factores económicos; negación de la regularidad del devenir histórico de la sociedad y del carácter científico de la historia como ciencia concebida por estas tendencias, en el primer caso, como consecuencia de la acción de elites privilegiadas que se mueven de acuerdo con una invariable tabla de valores, desvinculada de la realidad, de índole lógica, ética, estética o religiosa; la consideración de que son estos mismos los valores de que han de valerse los historiadores para seleccionar los hechos históricos; la absolutización del carácter relativamente autónomo de la evolución de las ideas (ver: Monal, I. 138).

Tales concepciones condujeron a una visión por lo general esencialmente subjetivista de la historia de las ideas en Cuba, entre cuyos rasgos habría que destacar los siguientes: intento por acercar las concepciones de los pensadores estudiados a las posturas idealistas subjetivas u objetivas de sus comentaristas; insistencia en negar el antiescolasticismo, anticlericalismo o ateísmo cuando este aparece; presentación de los pensadores analizados como portadores de posiciones eclécticas, equidistantes de extremos peligrosos, sobre todo cuando se encuentran en sus obras elementos materialistas o atisbos realistas en sus concepciones filosóficas y filosófico-sociales; al mencionar los factores económicos, estos se sitúan en el mismo plano de influencia que los restantes; en las ocasiones en que se alude a los vínculos entre filosofía e historia o a los intereses clasistas, las conclusiones del análisis resultan lastradas por el carácter irracionalista y espiritualista de que parten, lo que impide a estos autores establecer, en la mayoría de los casos, una adecuada interrelación de los fenómenos y su jerarquización, de acuerdo con los que en última instancia resultan determinantes; tampoco pueden develar los nexos reales existentes entre ideas filosóficas y políticas (ver: Miranda, O. 137).

No es una casualidad que fueran las problemáticas enmarcadas en la concepción materialista de la historia, la teoría de la revolución y la economía política del capitalismo y del socialismo, las que ocuparan preferentemente la atención de los revolucionarios marxistas y leninistas en Cuba y también en el continente; la referencia a aspectos cosmovisivos, gnoseológicos y epistemológicos aparecen casi siempre en el contexto de la crítica, la polémica con los detractores de la ideología del proletariado o en la divulgación de las obras teórico-filosóficas de los clásicos del marxismo y sus continuadores.

Lo anterior explica, entre otras razones, el porqué no dejó de ser una preocupación de la intelectualidad marxista y leninista, la necesidad de realizar estudios teórico-filosóficos como aspecto esencial de la lucha ideológica en dos direcciones fundamentales: a) la reinterpretación objetiva de la historia de las ideas en Cuba, en cuyo ámbito se destacan las aristas

más avanzadas de cada momento, escamoteadas o tergiversadas por los estudiosos de estos temas desde posiciones antimarxistas; b) el desarrollo de la propia teoría filosófica, ética, estética, etc., impelida por la necesidad de enfrentar la penetración de las corrientes irracionistas y espiritualistas y los ataques desde esas posiciones al positivismo más cercano al materialismo científico-natural, al liberalismo antiimperialista y, sobre todo, al marxismo y al leninismo.

Más de un llamamiento hicieron los marxistas, y leninistas cubanos a divulgar lo más avanzado del pensamiento político, social, económico, ético y filosófico en Cuba, sobre todo, en las obras originales de los pensadores más importantes del siglo XIX, con introducciones y acotaciones que destacaran el valor que en su momento tuvieron en la evolución de las ideas en Cuba, lo permanente y lo superado por el ulterior desarrollo sociohistórico, ideológico y científico como vía de enfrentamiento a la importación acrítica de corrientes, filosóficas idealistas sobre todo y político-sociales reaccionarias, impulsadas en ocasiones por el afán de seguir la moda europea o norteamericana; postura criticada enérgicamente desde Varela hasta Martí. “El tesoro de nuestras tradiciones”, de Carlos Rafael Rodríguez es una buena muestra de estas preocupaciones (ver: Rodríguez, C. R. 89).

Lo hasta aquí expuesto nos permite deducir que no podían ser el liberalismo de corte positivista, ni las corrientes irracionistas espiritualistas o el neotomismo los caminos adecuados para la constatación de la existencia, de un método de conocimiento de la sociedad en la obra martiana y su análisis, ni para el avance progresivo hacia la comprensión de las condiciones histórico-concretas nacionales e internacionales, en las que tendría que llevarse a cabo la inconclusa revolución nacional-liberadora antiimperialista. A pesar de su orientación antiimperialista, anticlerical y objetiva, la obra de los renovadores de la historiografía cubana resultaba insuficiente para el develamiento, en sus esencias más profundas, de las condiciones nacionales e internacionales creadas por el proceso de conversión del capitalismo en sistema de dominación planetario, escenario en el que los revolucionarios del siglo XX tendrían que dar continuidad a la interrumpida revolución nacional-liberadora y antiimperialista iniciada por Martí precisamente por la orientación positivista que en estos autores predomina.

Se imponía un salto de calidad en la evolución del pensamiento filosófico en Cuba, para dotar a las ciencias sociales particulares y en especial a la teoría política y social y a la práctica revolucionaria, de una nueva perspectiva teórica y clasista que exigía la necesaria proyección socialista de la revolución que garantizara la independencia y la soberanía de la nación cubana con la construcción de una sociedad verdaderamente humana de justicia social para los humildes a la que Martí aspiraba.

El punto de partida en la búsqueda de un nuevo método de comprensión y transformación de la sociedad tenía que ser el propio pensamiento martiano en su articulación con la concepción materialista de

la historia, para desde esa perspectiva analizar, cada vez con mayor profundidad, la historia y el estadio presente de la sociedad cubana en el contexto internacional de nuestra época y el propio desarrollo del pensamiento, vía por la cual se llegó al develamiento de la existencia en Martí del método histórico-político y su caracterización.

Sólo el marxismo y el leninismo podían servir de fundamento teórico-metodológico para el análisis de la sociedad neocolonial y de su transformación revolucionaria, con su enorme grado de complejización en Cuba y en la América Latina a principios de los años veinte del pasado siglo; y para ello, se hacía necesaria la inversión del método martiano —en el sentido transformador con el que Marx y Engels asumieron críticamente las concepciones de Hegel y Feuerbach— más allá del grado de concientización que los fundadores del marxismo y el leninismo en Cuba tuvieran de la tarea que de hecho emprendieron, facilitada por el carácter profundamente radical —en el orden político y social— del pensamiento martiano y por el hecho de haber encontrado elaborada ya en sus aspectos esenciales y enriquecida y aplicada con éxito (en una sociedad en buena medida diferente a la europea occidental donde surge el marxismo, más cercana en alguno de sus rasgos al mundo subdesarrollado, y, además, en la etapa de madurez del imperialismo y el neocolonialismo) por Marx, Engels y por Lenin respectivamente.

En lo que se refiere a la cultura en su significación más estrecha —la artístico-literaria—,⁵¹ la influencia martiana no dejó de estar presente, sobre todo, en la medida en que estas formas de aprehensión del mundo fueron expresión de la realidad social y de la historia, aun cuando el pesimismo a que condujo la frustración de la independencia nacional, influyera en los creadores más destacados de las dos primeras décadas republicanas, tanto en el ensayo como en la narrativa y en la poesía.

De hecho se perfilaron tempranamente dos tendencias bien delimitadas, dentro de lo que ha sido denominado cultura de resistencia: la de quienes consideraban al arte y la literatura como arma de denuncia al menos de la situación existente, y la de quienes expresaron su repudio a la podredumbre de la política oficial, renunciando a abordar temas relacionados directamente con la sociedad en la producción literaria.⁵² Ambas tendencias se diferenciaron de la de los intelectuales que de una u otra forma se vincularon tempranamente a los portadores de los intereses pro-imperialistas dentro de lo que podría ser considerado como la cultura oficial. A partir de los años veinte, influida sin duda por las ideas martianas y por el marxismo y el leninismo que Mella y Villena asumieron tempranamente, se desarrolla la tendencia que puede denominarse como literatura de combate.⁵³

Ensayos como “La Zafra de Agustín Acosta”, de Julio Antonio Mella, o la polémica Villena-Mañach en torno a la función del intelectual en la sociedad, la fundación del Grupo Minorista o de la Universidad Popular José Martí, por Villena y Mella respectivamente, marcan los primeros actos de esta nueva tendencia de los intelectuales, en cuyas posiciones están

presentes sin duda las ideas martianas en torno a que no habría literatura latinoamericana hasta que no hubiera pueblos latinoamericanos que se expresen en ella, o en torno al papel desempeñado en el proceso de toma de conciencia en favor de la independencia de la obra poética de Heredia o de la producción de los que denomina “poetas de la guerra”, y del reclamo de una literatura que exprese, entre otros temas, las luchas de los héroes propios y la historia de nuestros pueblos desde la época precolombina (sin renunciar a una alta calidad y a no importar acríticamente temas o estilos de moda que se corresponden con pueblos y situaciones diferentes a los nuestros), sin ignorar lo mejor de la literatura universal. En otras manifestaciones artísticas se reflejaron tendencias similares.

En este contexto, las ideas martianas en torno a que las masas populares o la clase obrera en especial, para constituirse en jefes de las revoluciones debían ser masas cultas, se expresaron tempranamente en los esfuerzos por crear centros educacionales u otra vías de divulgación de la cultura en el seno del naciente movimiento obrero o de las organizaciones de las masas negras y mestizas, para luchar por la igualdad racial, continuadores de aquellas que en el siglo XIX habían sido celebradas por Martí, antecedentes de la Universidad Popular José Martí.

